

BOLSALIBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

la huella de fuego

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

PETER DEBRY

LA HUELLA DE FUEGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 583

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 17.052 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1973

© PETER DEBRY - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294. — Corral de endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.175. — El asesino es ciego.

En Colección BÚFALO:

950. — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. — El retorno del fusilado.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97. — La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

10. — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

Hay días en cualquier existencia que tienen una indefinible marca de desastrosos. Y ésta era mi íntima intuición, cuando, apartando la vista de la carta de un acreedor, vi que tenía un visitante.

Se había instalado calmosamente en el sillón, deslizándose sin que le oyera entrar. Se adornaba con guantes, bastón y una corbata vistosa, y se sentaba como un mariscal prusiano.

Pese al calor que empapaba la ciudad de Los Ángeles, el visitante parecía tan frío como un esquimal. Era un hombrecillo menudo, de levísimo peso, y sin embargo, daba la sensación de fuerza, aplomo y arrogancia.

—¿Usted es Walter Logan?

—Soy.

—Iré rápido a mi asunto. Busco un detective privado, dinámico y listo.

Tenía voz honda, autoritaria. No me agradaba, pero los negocios son los negocios.

—Ha venido usted al sitio preciso. Cuénteme usted su problema.

—No estoy aún convencido, Logan. No me ha impresionado todavía.

—¿Qué esperaba usted encontrar?

—No es usted como me imaginaba.

Hizo ademán de levantarse. Volví a contemplar la carta de mi acreedor, y me sacrificué. Aquel cliente con perla en la corbata y diamantes en el meñique, no podía escaparse.

Le dediqué mi sonrisa más cordial, la que reservo para damas ancianas y vírgenes asustadas.

—Le presento mis excusas si mi recibimiento ha sido algo frío, pero anoche tuve entre manos un caso difícil, y apenas he pegado el ojo.

La verdad es que la partida de póquer en casa de mi amigo Don Travers se había prolongado hasta las cuatro de la madrugada y un maldito *full* de reyes me había soplado cuarenta y ocho dólares que seguían doliéndome.

—Tengo la seguridad de que podré servirle —le afirmé servilmente.

Majestuosamente, volvió a sentarse el condenado matasiete, quitándose los guantes y extrayendo de su billetera una tarjeta, que me leí:

COMODORO ORLANDO FALK
1050 Flamingo
HB-66-13

O sea, que no era mariscal, sino comandante de la Marina.

—Muy bien, comodoro. Usted me dirá.

Los ojos de Falk tenían el brillo de dos ágatas.

—¿Está familiarizado con la gente de los parques de atracciones?

—Pues, hasta cierto punto, sí. Me agrada el tiro al blanco y conozco una rubia que me hace fallar todos los tiros.

—También necesito un hombre que sepa alternar en la alta sociedad, Logan.

—En este caso, no sirvo. La gente de alta esfera no suele invitarme nunca. Hace años que no rondo por palacios y yates.

—Por lo menos es usted sincero. Necesito un investigador que pueda encontrar a determinada mujer. Se llama o se hacía llamar Elvina Bliss.

Tomé nota, inquiriendo:

—¿Amiga personal?

—Desde un principio pongamos en claro que este asunto no tiene nada de sentimental ni cosa parecida. Es puramente de negocios. La señorita Bliss y yo tuvimos un negocio conjunto hace tiempo. No le doy más detalles.

—Bien, pero lo primero que cualquier privado de buena fama necesita, es saber quién es su cliente.

—Mi título naval es sólo honorario.

—¿Y sus negocios? Aludió usted a atracciones.

El tono de Falk se hizo cortante:

—No quiero que haga usted presunciones anticipadas, Logan. ¿Acaso sugiere que fui algún payaso?

—No, pero artista cirquense...

—Sólo porque soy de poca talla, ¿no? No me interesa que explore mi pasado. Se limitará a la información que yo le dé, o busco otro detective. Es cierto que actué en el espectáculo, pero no en barracas ambulantes, sino en revistas y capitales de primer orden.

Fingí admirativo interés:

—¿Qué clase de actuación?

—Variaba. Porque he dominado muchas facetas, y fui un artista de primera categoría.

Como bailarín, cantante y prestidigitador.

—Deduzco, pues, que ya se ha retirado. ¿Con buenas rentas?

Falk emitió un bufido sarcástico:

—Podría comprarle a usted hasta el alma.

Un encanto. Aquel matasiete era exactamente el tipo ideal para calentarle a uno la sangre. Me la enfrié pensando en mis deudas.

—Volvamos a la mujer que quiero que encuentre. Le daré la información necesaria y espero sepa usted aprovecharla. Pero le advierto que no consentiré trucos. ¿Está dispuesto a ganarse mi dinero, o no?

No eran las palabras ni el tono, sino la actitud. Me había tenido hirviendo y no quise estallar.

—Aquella es la puerta, Falk. Le agradeceré que abandone mi despacho. No me interesa trabajar por su cuenta. Es más, me sienta usted mal.

La expresión de infinito asombro, se trocó en mueca arrogante:

—Me temo que no le comprendo, Logan. Si lo que le preocupa es el sueldo...

—Lárguese, por favor. Venga, salga pitando, almirante.

Se levantó con suprema dignidad, pese a su cortísima talla.

—Usted debe estar loco. Ya me lo dijeron.

—Vuelva el año que viene, que quizá por entonces esté hambriento. Hoy todavía puedo elegir mi clientela.

Recogió sus guantes, y, ya en la puerta, se volvió para decirme:

—Me avisaron que usted tenía rarezas. Si se cree que puede salirse con la suya, está equivocado. Tendrá noticias mías.

—Abur.

A solas, me reproché el dejarme guiar por mis instintos y simpatías. Pasé al pequeño cuarto de aseo, y mientras me afeitaba, mi estómago me recordó que pasaba ya del mediodía.

Cerré mi despacho y fui a presionar el timbre del ascensor. Mi oficina está en un sexto piso, y no estaba de humor para la gimnasia que otros días verifico, escalando y bajando a pie.

Elmer, el encargado del ascensor, estaba riéndose contemplando su revista favorita, y, entrando en la caja, le dije:

—Aunque sólo sean fotos, recuerde que ya cumplió los setenta, Elmer.

—Pero conservo muy juvenil mi memoria —rió el octogenario—. Le subí hace poco un cliente. Más bien menudito, pero con mucha majestad. ¿Divorcio?

—No nos pusimos de acuerdo. Era muy exigente. Quería que le buscara una mujer de dos metros y contorsionista.

Los chistes malos encantan a Elmer. En el vestíbulo hice etapa para recoger un paquete de cigarrillos. La muchacha del mostrador me sonrió. Se llamaba Joyce, era bonita, morena y parecía tan virtuosa que me tenía intrigado. Ofertas debían sobrarle, pero posiblemente era técnica en judo.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunté, encendiendo un «Chester».

—Van bien —y su voz grave volvió a estremecerme.

—¿Su hermano sigue empollando?

—Ya es interno ahora, Walt. Tiene ya derecho a visitar, pero por ahora aún no gana dinero, aunque confía mucho en sus dotes de médico.

Fue a la caja para devolverme cambio y admiré su perfil. Algo serio. Y dije en tono casual:

—He estado pensando que podría usted mejorar mi moral, Joyce. ¿Qué hay de una salida nocturna con cena y baile a cuenta mía?

Suspiró asestándome una sonrisa apenada:

—Oh, Walt, cuánto lo siento. No es posible, ya se lo he repetido muchas veces. Sigamos como hasta ahora. Sólo amigos.

—Bien, veremos si la suerte me favorece en otra ocasión.

Las aceras exhalaban calígine y remonté hasta el Bronzino, el

único restaurante de la ciudad que aún me honraba con su crédito. Dentro, se estaba a gusto. Penumbra y frescor. Servicio cordial.

Entrando examiné el bar por si había algún amigo y pasé al comedor.

Un camarero me trajo el grueso filete, la fuente de patatas fritas y una ensaladilla tomatera. Regué el condumio con cerveza.

Treinta minutos después, gozaba el café y pitillo, cuando vino en persona Matt Bronzino, dedicándome una radiante sonrisa a la milanesa.

—¿Estuvo bien la comida, Walt?

—Espléndida.

—Acaba de llegar un individuo que le anda buscando. Está en el bar. Y allí le retuve. Por si era alguien al que usted no quiere ver.

—Hoy tengo la conciencia limpia. ¿Qué aspecto tiene? ¿Policía?

—No. Es rubio, de ojos azules y no tan alto como usted. ¿Se lo envío?

—Igual me atraparía en otro lugar. Remítamelo. Veré qué quiere.

Se fue Bronzino y poco después acudía un desconocido, de mediana talla, zancada nerviosa y vestido deportivo. Su cabello era de un rubio deslumbrante. Su rostro, flaco y atormentado. Me anunció:

—Alguien me dijo que usted venía a comer aquí. Es usted Walt Logan, ¿no?

—Así me anotan en las facturas.

—Me temo que tendrá que poner a prueba su memoria. Soy Larry Brisson —y tendiéndome la diestra añadió—: Nos conocimos hace algunos años.

El nombre no me sonaba, pero le acepté el apretón. Su húmeda diestra era como un pez recién pescado.

—Ilumíneme sobre dónde nos conocimos.

Brisson se instaló en el reservado, sonriendo:

—Yo solía trabajar para la Compañía de Seguros Fénix. Incendios y robos. A veces requeríamos ayuda, como por ejemplo, en el caso Garnett.

—Recuerdo el caso. Pero no le recuerdo a usted.

—Entonces yo era más joven y más grueso. Tenía bigote. Era amigo del teniente Mac Donald. Él le recordará quién soy.

—Mac Donald murió.

—No me diga. No me enteré.

—Se quedó por el Vietnam, cerca de un arrozal. ¿Para qué quería verme?

—Para un empleo.

—¿Qué ha estado haciendo últimamente, Brisson?

—Poco y sin provecho. Estuve fuera de mis actividades largo tiempo y después de que me licenciaran en el ejército, permanecí una temporada por el sur de Vietnam. Allí era barato el vivir, pero al final me tiró la patria y regresé. La compañía Fénix me ofreció trabajo, pero en un desierto, y preferí probar suerte por esta costa. Ahora ando buscando empleo, y he pensado que usted tal vez... Escuche, Logan, no ando mendigando, pero me van mal las cosas.

—Brisson, voy a darle un panorama de mis finanzas. Tomemos una semana cualquiera. Llueve y me empapo acechando a un esposo, que luego resulta ser honesto y fiel. Pillo un catarro, y pierdo la cliente. Por eso abandoné los casos de divorcio, porque además me reventaban. ¿Y qué me queda? Personas desaparecidas, herederos perdidos, escoltar... Hay poco dinero en mi trabajo, Brisson, y el que gane billetes es porque no juega limpio. Yo prefiero jugar limpio, lealmente, aunque luego los gastos de mi entierro los tenga que pagar el municipio.

—Si tan mal le va, ¿por qué persiste, Logan?

—No sé. Tal vez porque esté tan loco como para creer que puedo resolver pegas ajenas, que la policía no soluciona.

—De todos modos le agradecería mucho que me emplease. Me agradaría trabajar con usted.

—Bien, algunas veces puedo precisar una «sombra». Deme su teléfono.

—Pues... donde ahora resido es casi una pocilga. No hay teléfono, pero a este número me transmitirán el mensaje —y escribió algo en un papel que guardé sin mirarlo.

Se levantó, volviéndome a tender la mano. Ecurridiza y floja. Cuando se marchó, esperé unos segundos y, levantándome, me acerqué a Matt Bronzino.

—Me lo saqué de encima fácilmente, Matt. No era nadie.

—No sé, no sé Pero me da la impresión de que no es amigo suyo. No, no lo es.

—Bah, ¿qué es lo que le hace pensar esto, Matt? Sólo quería un empleo.

—¿Y piensa dárselo? Me huele mal. Me huele a complicaciones.

Matt Bronzino se alejó hacia otra mesa. Me dejó intrigado, pero por entonces, yo tenía otras cosas en qué pensar. Y los presentimientos italianos suelen ser sólo esto: corazonadas. De cien aciertan una.

Lo que yo ignoraba aquel día era que la corazonada de Bronzino era ésa una entre cien.

Ya en mi despacho decidí aclarar un poco el personaje Larry Brisson. No era frecuente que varios años después alguien se molestase en buscarme.

Desdoblé el papel y marqué los números que Brisson había escrito.

Una voz nasal gangueó en mi tímpano:

—¿Qué hay?

—Póngame al habla con Larry Brisson.

—¿Quién?

—Brisson. Larry Brisson. Éste es el teléfono que me dio.

—¿Quién le llama?

Yo también sé hablar por la nariz. Resoplé por las fosas nasales:

—Un amigo.

—No está aquí. Déjeme su nombre.

—Volveré a llamarle.

Aplasté la tirilla comunicante, y marqué otros números. Una mujer de voz muy fatigada me notificó que ella era Informaciones.

—Aquí Jack Debussy, agencia de investigación. Estamos comprobando un teléfono. ¿Tiene la bondad de decirme a qué dirección pertenece

DY-49-897?

Me dio la dirección de un garaje. Telefoneé a la Brigada de Robos, pidiendo por Lee Redford, que se identificó con su gruñido.

—Aquí Logan. ¿Recuerdas a un tipo llamado Brisson, Larry?

Hubo silencio y esperé hasta recordarle:

—¿Sigues ahí o te has ido, Lee?

—Un momento, Walt. Estoy pensando. ¿De qué época?

—Unos ocho años. Dice que trabajaba para la Fénix de Seguros.

—Ah, ya. ¿Rubio, descarado, flaco y rostro enjuto, yesoso?

—Ese mismo. ¿Le conociste bien?

—No mucho. Pero creo que era correcto. Solía visitar con frecuencia a Mac Donald. Se repartieron algunas recompensas. Eso es cuanto sé. ¿De qué se trata, muchacho?

—Por ahora nada. Gracias.

Tras dos horas de ejercitarme en solitario, me encontré incapacitado para concentrarme, y decidí sacar mi «Ford» a paseo. Lo llevé hasta el lejano garaje, cuyo teléfono me había anotado Brisson.

Vendían coches usados, surtían combustible y más allá había cantina con servicio al volante. Arrimé mi cacharro a un mostrador, y una camarera rubia teñida, prometió volver con un bocadillo de jamón y queso y más cerveza.

Mientras masticaba, seguí acechando las salidas del garaje, por si asomaba Brisson. Y cuando ya estaba a punto de irme, vi llegar un coche azul europeo. Un «Simca», que se detuvo ante el garaje.

Del despacho salió un hombrón en mangas de camisa, que se inclinó junto a la ventanilla del «Simca». El que estaba al volante era el comodoro Orlando Falk.

Apenas transcurrieron sesenta segundos, y Falk apretó el acelerador alejándose. Decidí que nada perdía con seguirle. Y le seguí hasta la playa de Santa Mónica.

Falk detuvo su «Simca» ante el amplio estrado en que varios atletas lucían sus musculaturas en ejercicios y acrobacias.

Me atrajo la atención el hércules barbudo, moreno y macizo, que levantaba una pesa descomunal. Se veía que era el profesor, y daba instrucciones a los aprendices sobre el arte de alzar toneladas sin deslomarse.

Realmente aquel cíclope le daría un susto al miedo apareciendo de noche en un callejón solitario. Vi cómo Falk no apartaba la mirada del gigante barbudo, en cuyo pecho había bastante vello para acolchar un tresillo.

Y de pronto el peludo hércules, al descubrir el «Sínica», saltó del estrado.

Orlando Falk pisó a fondo el acelerador de su «Simca», partiendo con una velocidad que me olió a pánico. Le seguí, pero se me escapó por un laberinto de alamedas.

Regresando a mi despacho, medité que me iba resultando

interesante el comodoro Falk, relacionado con el escurridizo
Brisson, o por lo menos con su garaje; y huyendo de un gigante
barbudo y terrorífico.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, marqué en mi despacho los números de Falk. Hubo ocho llamadas, y por fin la honda voz del comodoro honorario, emitiendo:

—¿Quién?

—Logan.

—No me sorprende. Estaba seguro de que acabaría usted por llamarme. Por lo tanto, queda claro que no siempre es usted el que gana. Respeto la inteligencia, pero no el mal genio, Logan.

—Para sermones, alquílese una sala.

—¿En qué le molesté, Logan? Usted me fue recomendado como inteligente y correcto, pero actúa algo desquiciado. De todos modos, empiezo a tenerle simpatía. En distinto tamaño, somos parecidos. Inadaptados, recelosos y rebeldes. Creo que congeniaremos.

—Le he llamado para negocios, no para clase de psicología.

—Lo comprendo —y le oí reír divertido—. Venga a mi casa, antes del mediodía —y colgó.

Marcando los números del garaje, pensé que Falk debía tener el complejo de Napoleón. Un vozarrón me indicó que esperase que llamaría a Larry Brisson, cuya nerviosa voz me llegó segundos después. Le dije:

—Tengo empleo para usted, si mi próximo cliente y yo nos ponemos de acuerdo.

—Estupendo. Sabía que podía confiar en usted como un amigo. ¿Cuándo quiere que le vea?

—Después de comer. Hasta entonces estaré atareado.

Colgué el cartelillo anunciando a posible clientela que estaría de vuelta más tarde. Y en el vestíbulo, al echar una ojeada hacia Joyce, aparté velozmente la vista, porque había un rechoncho sujeto hablando con ella.

No me sirvió de nada mi intento de escabullirme. El hombre

vino a mi encuentro, masticando un habano apagado, cuadradas las mandíbulas y con una habitual expresión que quería decir: «No cuente conmigo como amigo. Un buen policía no tiene amigos». Así era el teniente Kelvin.

Su saludo tenía garfios de triple anzuelo para atunes:

—¿Sigue limpio estos días, Logan?

—Más limpio que su pandilla, seguro.

—No es manera de contestar a un teniente de la policía. Algún día se la va a ganar, Logan.

—No apuesto nunca. Bueno, dígame de qué se trata, mi teniente.

—Por ahora, me limito a esperar. Un día resbalará y estaré al tanto para recoger lo que quede de usted.

—Compórtese mejor, Kelvin. He oído decir que una esposa y tres hijas le están alimentando. ¿Por qué no deja en paz a la muchacha del mostrador?

Los ojillos de Kelvin manifestaron sorpresa y sospecha repentina.

—¿Acaso la tiene usted fichada en exclusiva?

—Soy joven, guapo y virtuoso. Además soltero. Déjela en paz. Adiós, mi teniente.

La mirada del teniente Kelvin me recorrió como pensando qué tal estaría yo tendido sobre el mármol del depósito. Otro que no simpatizaba conmigo. Era mutuo.

La avenida Flamingo era residencial. El número 1050 era un *bungalow* de techo rojo con palmeras en su alameda. En el porche había macetones de rosas y jazmines. En conjunto, un alquiler mediano.

A mi presión, correspondió un campanileo de carrillones, y una mujer de aspecto severo me abrió la puerta, precediéndome al salón.

Un salón copiado de la revista *Casas Bonitas*. En un sillón, mi cliente, luciendo un batín jaspeado, cogió el reloj de oro que había sobre la mesa, le dio cuerda y manifestó:

—Pudo venir antes, creo yo.

—¿Cómo? ¿Volando? La cuestión es que ya estoy aquí. Si es urgente, demuéstremelo.

—Como cifra inicial, ¿le parece bien quinientos dólares?

—La cifra es linda, pero primero deme detalles, y luego veré.

—Es razonable. Como ayer le dije, busco a una mujer que se

hacía llamar Elvina Bliss. Estoy seguro de que ya no emplea este nombre, porque si así fuera, yo no lo necesitaría a usted. Elvina está en Los Ángeles. ¿Dónde? No lo sé. Rondará ahora los treinta. Bien conservados, porque tenía dinero. Dudo que la reconociese porque han pasado años. Se exhibía en parques de atracciones, pero tengo motivos para suponer que ya alterna en diferentes ambientes. El dinero abre muchas puertas, y estoy cierto que habrá engañado a sus nuevas relaciones. Es buena actriz.

—Entonces, ¿cómo voy a poder identificarla?

Falk cogió de la mesa un álbum de fotos. Sacó una y me la tendió:

—Ésta era Elvina. Como puede apreciar era toda una mujer.

No cabía duda. Una rubia adorable, vestida elegantemente con un chaleco blanco, pantalón corto negro y un pequeño bastón. Una escultura que evocaba manzanas, champaña y el sueño de una noche nevada, estando uno junto a la chimenea.

Pero había una pega. El semblante estaba oscurecido por un antifaz que hacía imposible la identificación. Comentó Falk:

—Era preciosa. Pura dinamita femenina.

—¿Lo fue para usted?

—Para mí fue un ensueño, Logan. Una hechicera, una tigresa...

—Y se interrumpió comprendiendo que le había cogido desprevenido—. Usted encuéntrela, que éste es su trabajo. Le daré las informaciones que considere pertinente. Su pregunta no es pertinente.

Sostuve la foto a la luz:

—No sirve de mucho. ¿Por qué lleva antifaz?

—Siempre actuaba con antifaz. Parecía que así atraía más a los espectadores. Nunca se lo quitó. Pero puede identificarla. Por esto.

Y Falk me entregó una página de revista. Interesante. Seis pares de piernas femeninas en una plataforma. El resto de las seis mujeres se ocultaba tras una cortina. Y debajo leí:

«En la casa de Herman Acosta tuvo lugar esta tómbola a beneficio de la colecta para Orfanatos. Los invitados pagaron cien dólares para la elección de las piernas más bonitas. La cortina evitó que la identidad de las concurrentes, damas de nuestra mejor sociedad, influyera en el voto».

—¿Cuál es la relación? —pregunté.

—El segundo par de piernas a la izquierda. Pertenecen a Elvina Bliss en su nueva personalidad. Tome esta lupa. Fíjese encima mismo de esta rodilla. Verá una quemadura. ¿La ve? Ahora examine la foto de Elvina. Los años no han podido alterar este detalle. Percibirá la misma quemadura.

—En efecto. Igual forma en idéntico sitio.

—Identifique a la mujer con esta quemadura y habrá encontrado a Elvina Bliss. Y esto es cuanto quiero. Cuando de con ella, su tarea ha terminado.

Me guardé la foto individual y la colectiva. Falk contó billetes de veinte y diez hasta contabilizar quinientos. Me los tendió, pidiendo:

—Deme un recibo, Logan.

Le firmé un recibo, diciéndole:

—Mi primer informe se lo remitiré en las próximas cuarenta y ocho horas. Después, será diario. Le hago saber que no es tarea tan fácil como parece. No puedo ir por ahí preguntando a las señoras de alta sociedad que me dejen mirar un poco más arriba de sus rodillas.

—Creo que triunfará, Logan. Dispone del aspecto que suele agradar a las mujeres, a las que impresiona más la figura que el cerebro.

Faltaban minutos para las dos cuando, al salir del ascensor, vi a Larry Brisson esperándome en el pasillo. Su traje estaba bien planchado y lucía camisa limpia, pero el cansancio asomaba en sus pálidos ojos. Abriendo mi puerta, le pregunté:

—¿Lleva mucho esperando?

—Algo. El empleado del ascensor lo ha cronometrado. A cada viaje, me espiaba.

—Elmer es un viejo curioso, pero útil —y escancié mi *whisky* en dos copas, dándole a la vez un cigarrillo.

Puse en acción el ventilador, y Brisson indagó:

—¿Qué estamos celebrando?

—Puede que una nueva firma social. Veamos cómo funciona usted —y sin mencionar a Falk, le describí a los muchachos atléticos dirigidos por el barbudo—. Quiero saber lo referente a este grupo, si es un club o qué, y quién es el barbas. Averigüe a qué se dedican cuando no están alzando pesos.

Levantándose, Brisson sacó hacia fuera el forro de sus bolsillos:

—Podría serme útil un poco de moneda para gasolina.

Le di uno de los billetes de veinte, de Orlando Falk.

—Considérelo un anticipo sobre la paga. Mañana nos veremos.

Media hora después conseguí una fotocopia de la placa que había servido para ilustrar en la revista el concurso de piernas bonitas, con fines benéficos.

Busqué en el listín la dirección de Herman Acosta. Una voz agradable, de mujer distinguida, o sea fríamente cordial, me invitó:

—Dígame.

—Quisiera hablar con el señor Acosta.

—Duerme la siesta. Soy su esposa. ¿Tiene la bondad de darme el mensaje?

—Me llamo Logan y soy investigador confidencial. Es a propósito de las damas que concurrieron al campeonato de piernas en la tómbola. Tengo un cliente que desea conocer sus nombres.

—Prefiero que tome la responsabilidad la señora Colbert, que fue quien tuvo la idea.

—¿Puede darme más datos de la señora Colbert?

—Telma Colbert, esposa de Neil Colbert, el productor de películas. Francamente, señor Logan, no sé si ella querrá divulgar los nombres de las que participaron en este concurso.

—Gracias, señora Acosta.

A mi siguiente llamada contestó una voz de secretaria. Untuosa y falsa.

—Buenas tardes. Mansión Colbert. Habla Joan Tyler.

—Quisiera hablar con la señora Colbert.

—Soy la secretaria. ¿Tiene inconveniente en decirme de qué se trata?

—Tengo.

—¿Quién es usted, por favor?

Oí una especie de discusión a cierta distancia del aparato. Y una voz precisa, de mujer de negocios, me informó:

—Soy Telma Colbert. ¿Qué desea usted?

—Me llamo Logan y su amiga, la señora Acosta, me indicó que para mi consulta de orden confidencial me dirigiera a usted. Es personal y si me honra con unos minutos, pasaría a visitarla esta misma tarde.

—Un poco apremiante, ¿no, señor Logan? En fin, a las cinco tendré unos minutos libres.

—Gracias, señora Colbert.

A las cinco interné mí «Ford» por entre un césped bien cuidado, en cuyo centro había una piscina en forma de cimitarra. Más allá una casa de dos plantas, estilo georgiano, con columnas de mármol.

Detuve mí «Ford» en la alameda sombreada por arbustos floridos, contemplando complacido a la joven bañista de dorado cabello y bikini, que tomando impulso trazó en el aire un impecable salto de ángel, penetrando en el agua como una grácil ondina. Me arrancó del deleite deportivo un coche azul «Cadillac», cuyo conductor me exigía paso. Puse marcha y más allá de la piscina encontré aparcamiento.

Regresando a pie a la parte delantera de la casa, vi acercarse a la nadadora, con un fino albornoz rosa y calzando sandalias del mismo color. Bronceada y pecosa, me examinó de arriba abajo y declaró solemne:

—De veras que es usted todo un ejemplar varonil, caramba.

—Favor que usted me hace, señorita.

Pómulos macizos, verdes ojos y voluptuosos labios. Sonrió especificando:

—Soy Arlene Burns, cuñada de Telma. Supongo que viene a verla, pero no será usted modisto. No, no lo es. Dígame, ¿le resulto atractiva?

—Horrores.

—Lo celebro, porque estoy segura de que no me aburriría usted como el resto de la humanidad. Su cabello rojizo me encanta. Y sus anchas espaldas también. Si no supiera que Telma es inconquistable, apostarí por usted.

—Ya que hablamos de Telma dígame dónde puedo encontrarla.

Arlene Burns alzó la zurda y sus suaves dedos me acariciaron la mejilla. De pronto me arañaron y susurró la fierecilla:

—Eso le enseñará a despreciarme.

La enlacé de modo que no pudiera volver a arañarme y resollé:

—No sé si está usted como una chiva, pero la voy a escarmentar.

Con la zurda tiré suavemente de sus cabellos y la besé. Ella cerró los ojos. Y a mis espaldas oí un taconeo. Solté a Arlene y me volví.

Una joven vestida severamente estaba a cinco pasos, y su

semblante ostentaba una expresión escandalizada. Dijo fríamente:

—Confío que no resulto indiscreta.

Arlene me susurró:

—Antes de irse, despídase de mí, ¿estamos? —Y se alejó apresurada.

La joven severa me miraba como si yo fuese un residuo que el basurero había olvidado recoger, al preguntarme:

—¿Le importaría decirme quién es usted?

Reconocí a la secretaria, Joan Tyler.

—Soy Logan. La señora Colbert me invitó a visitarla.

—Tenga la bondad de seguirme. La señora Colbert tardará un poco.

Me di cuenta de que la secretaria estaba muy decidida a mantener una distancia mínima de cinco pasos entre su persona y la mía. Su espeso cabello negro estaba recogido y no llevaba maquillaje. Resultaba un conjunto agradable, aunque helado.

A través del mobiliario y decorado, de muy buen gusto, me condujo a un pequeño salón, advirtiéndome:

—No creo que tarde mucho la señora Colbert.

Me quedé solo. Contemplé los cuadros, fumé varios cigarrillos, probé tres sillones y pasó una hora, hasta que oí pasos. Demasiado pesados. Apareció un hombre en mangas de camisa y pantalón de tenis, mirándome a través de sus lentes. Su frágil cabello gris enmarcaba una calva reluciente.

—Tiene aspecto de sentirse muy solitario, amigo mío.

—Verá usted... Tenía la presuntuosa idea de que la señora Colbert me había citado para las cinco.

—Es mi esposa —y suspiró—: Tiene que pensar que Telma es la mujer más atareada de Hollywood. Tal vez un cliente pesado en su tienda, o un comprador del Este. Ella es dueña de un salón de modas, ¿sabe?

—No quisiera parecerle un chinche, señor Colbert, pero si su esposa estaba atareada, pudo telefonar y darme otra hora.

—Ya sabe cómo son las mujeres —sonrió Colbert, apaciguador—. Para que se aburra menos esperando, puedo hacerle los honores de la casa.

Y juntos caminamos por un largo corredor que conducía al fondo de la mansión. Ante una puerta maciza, sacó Colbert un

llavero, abrió y dijo con orgullo:

—Mi refugio. Mejor dicho, mi escondite. ¿Ha visto algo parecido?

Mirando en tornó, me quedé sin habla y lo aproveché para aclarar:

—Recuerdos de mis películas. Por ejemplo, aquella falda de hierbas la llevó la protagonista de *La reina de Clahoa*. Aquel cráneo fue una buena propaganda para *Wikingos* y aquel abanico de plumas era esencial en la escena de seducción de *Doncella*. ¿Recuerda *Doncella*?

—¿Puede acaso un hombre olvidarla?

Aquel cuarto era un baratillo. Máscaras, relojes antiguos, una lanza, un cuerno de rinoceronte, y panoplias de dagas, bayonetas y puñales por las paredes.

—Mi película *La carga de los coraceros* me dio la manía de coleccionar armas blancas. De veras, donde se maneje una bayoneta, ríase usted de las balas y obuses. ¿Sabe por qué? El arma blanca es la que produce más pánico en el hombre. Pánico ancestral. Porque ningún hombre deja de sentir temor ante la idea de una hoja de acero penetrando en sus intestinos.

—Que es donde asoma primero el miedo —le aseguré, dispuesto a no llevarle la contraria en nada.

Colbert me sonrió como si acabara de encontrar un alma hermana:

—Ésta fue mi idea al producir *La carga de los coraceros*. Agarrar al público donde más fuerza tiene el impacto. Las tripas. Cuidado con este acero que está pulsando. Es una bayoneta legionaria.

En el dintel, la secretaria Joan Tyler apareció con expresión de ir a estallar en sollozos. Y dijo tormentosa:

—Neil, no hay derecho a que... —Y entonces me vio. Cerró los labios y su rostro volvió a ser una máscara helada. Dijo en tono profesional—: Señor Logan, estaba buscándole por toda la casa. La señora Colbert está esperándole. Si usted se hubiera quedado donde le dejé...

—Está bien, Joan —atajó Colbert, algo confuso—. Yo soy responsable por la ausencia de este caballero.

—Ha sido un placer conocerle, señor Colbert —le aseguré.

Me sacudió la diestra cordialmente.

—Hemos de volver a vernos. Regrese pronto.

La secretaria me introdujo en un amplio salón, en el que una joven se sentaba tras una mesa pequeña, circular y blanca. Con un lápiz platino corregía líneas de varios croquis de figurines. En la otra mano sostenía una tacita, con el meñique arqueado en alto. Muy finamente.

—¿Señor Logan? Debo pedirle excusas por haberme retrasado. Pero estos días estoy tan ocupadísima... Puede retirarse, Joan. Gracias. Bien, señor Logan, ¿para qué deseaba verme?

—¿Conoce a Elvina Bliss?

Era una mujer de clásica belleza. Su cabello negro también peinado a lo clásico, y a no ser que siempre he incubado inquina contra las mujeres de negocios, Telma Colbert me habría gustado.

—No, no creo conocer a dicha persona.

Le presenté la foto del concurso social de piernas benéficas.

—La señora Acosta pensó que usted podría recordar los nombres de las damas aquí retratadas en sus extremidades inferiores.

—Exactamente, ¿quién es usted, señor Logan?

Le tendí mi tarjeta profesional, y, leyendo mi identidad, se mordió el labio inferior. Por fin quiso saber:

—¿Es importante? Tenga presente que todas estas muchachas me consideran su amiga, y no quisiera causarles ninguna molestia. Francamente, señor Logan, me temo que no puedo informarle.

—Mala suerte. Tendré que dirigirme a otro sitio, entonces.

—Déjeme un poco de tiempo para pensarlo. Llámeme mañana por la mañana a mi establecimiento. Encantada, señor Logan.

Me faltaban unos diez pasos para llegar a mi auto, cuando Arlene Burns apareció. Había enfundado su maravillosa persona en un vestido ligero y caminaba como una ondina. Me quedé quieto.

—Ha tardado mucho. Y ni siquiera sé su nombre. Pero usted me invita a cenar esta noche, ¿verdad que sí...?

—Me llamo Logan. Walt Logan. Y más vale que sepa ya que no soy muy recomendable.

—Eso ya me lo imaginé apenas le vi, Walt. ¿Dónde vamos?

Y se instaló en mí «Ford». Empuñé el volante y a las dos millas se reclinó en mi hombro, afirmando:

—Estoy segura de que congeniaremos muy pronto, Walt.

Cenamos en un restaurante para paladares finos. Pagaba el comodoro Falk.

Después de un par de clubs nocturnos, ella me contó que su hermano Neil, partiendo de un pueblecito del Norte, se hizo famoso en Hollywood con sus películas comerciales. Fracasó al querer hacer de su hermana una dama, porque Arlene escapó del colegio y, adoptando nuevos nombres, viajó con un grupo de coristas. Pasó a Broadway.

Y dos años antes había conseguido un contrato en el cine. Para cantar y bailar. Pasamos a un local donde un trío negro hacía maravillas con trompeta, contrabajo y piano.

La diestra de Arlene me apretaba las falangetas y susurró:

—Esta música me entenece y me hace tiritar el alma, Walt.

—Pues sí que es verdad —comenté con gran talento.

Arlene bebía como una esponja. Y hacia la medianoche, conduje de modo que la brisa la refrescase, hasta la rotonda montañosa de Santa Mónica. Aire balsámico. Y a nuestros pies la gran ciudad y el océano.

Aislados en un mundo todo nuestro, dejamos pasar los minutos, Y me dijo:

—Cuando me da por pensar en un esposo, me lo figuro como tú, Walt.

—Lo malo es que mi cuenta bancaria está a cero, chiquilla.

—A lo mejor resulta que soy millonaria y todo arreglado, Walt. Siempre y cuando convenzas a Telma y su secretaria.

—Hablando de Telma, ¿era ya millonaria cuando la conoció tu hermano?

—Tenía una tienda de modas pasable. De eso hace tres años. Y Neil se enamoró locamente. Pero estamos aquí para hablar de nosotros dos, Walt. ¿Tienes buenos discos en tu piso?

—Estupendos. ¿Por qué?

—Quiero oírlos. La música me entenece tanto, Walt...

La música nos enterneció.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente desperté con la cabeza como un tambor. Me fui al despacho, provisto de aspirina, «Alka Seltz» y un cerebro embotado. Trataba de acertar con la llave en la cerradura, cuando, a mi espalda, una voz inquirió:

—¿Logan?

Un tono blando. Era un joven esbelto de abundante melena castaña y ojos pardos, muy elegante.

—Soy.

Conseguí abrir y le señalé el interior. Ya tras mi mesa, pedí:

—Dígame de qué se trata.

Puse en marcha el ventilador, abrí la ventana y cogí la tarjeta, que leí.

—O sea que usted se llama Monty Conradine. Interesante. Pero no le conozco.

—Pero le agradecerá ganarse rápidamente mil dólares. Con facilidad, Logan. Y se lo expondré claro y breve. Usted ha estado molestando a determinadas personas. Y hay otras personas a las que no les agrada lo que usted anda haciendo. ¿Me hago entender?

—Puede que sí, pero como últimamente he estado por muchos sitios, necesitaré que usted me amplíe datos.

—No le vendrán mal unas vacaciones. Trabaja usted demasiado. Creo que le sentaría bien una temporada en una playa lejana. Y será un placer pagarle estas vacaciones.

—Cuénteme más cosas, pero con menos truculencias, amigo, porque me tiene usted aterrorizado, ¿sabe?

—Si no estuviera haciéndoles un favor a ciertas amistades, le mandaría al infierno, Logan.

—Usted el primero, joven.

Sabía dominar su temperamento. Sacó un sobre, del que extrajo un fajo de billetes.

—Aquí hay quinientos. El resto le será girado donde se vaya.

—¿Y si no me voy?

—Entonces se arrepentirá, pero ya será tarde.

—Escuche, Monty, si quiere asustarme eligió mal día. Hoy no me asusta ni un diplodocus, con que figúrese usted.

Se sonrojó, asegurando:

—Usted supone que puede afrontar lo que sea. Pero hace falta más de media tonelada de carne, para ser valiente. Siga mi consejo. Váyase o se arrepentirá.

De pronto empezó a toser, y del bolsillo pectoral sacó un pañuelo para taponarse la nariz y labios.

—Se acabó la discusión, Monty. Recoja su dinero y váyase al cuerno.

—Se arrepentirá.

Hacía ya quince minutos que se había ido, y su perfume seguía infestando mi despacho, pese al ventilador.

La tercera aspirina complementada con «Alka» me surtía ya efecto, cuando entró el comodoro Falk, sentándose en el brazo del sillón para visitas. Su redondo semblante expresaba buen humor.

—Si está demasiado atareado, permita que le importune, ya que al fin y al cabo es mi dinero el que corre. Es natural que desee saber sus progresos.

—No han pasado las cuarenta y ocho horas. Soy detective, no faquir. Pero ya que está aquí, dígame... La quemadura que luce Elvina, ¿es marca casi de nacimiento? ¿No? ¿Accidente? ¿Tampoco? Oiga, no de sólo cabezadas negativas. Si lo pregunto es porque pudiera ser que Elvina se suprimiera la quemadura.

—No, porque la foto de la revista demuestra que se trata de Elvina.

—Está usted muy seguro acerca de esa quemadura.

—Tengo mis motivos, puesto que yo fui el autor, con uno de mis habanos. ¿Algo más?

—Nada, gracias. Usted siga bien. Ya le informaré a su debido tiempo.

—Es usted un caso —declaró riendo mientras se iba.

A la cuarta aspirina, entró Larry Brisson, con aspecto de lechuzo que hubiera pernoctado en un pararrayos.

—¿Qué averiguó?

—Si hubiese sabido tras qué pista anda usted, puede que sacase conclusiones.

—Pero como soy yo el patrón y usted mi auxiliar, no le queda más remedio que pasar por el tubo.

Brisson sacó una libreta y consultó:

—El trozo de playa que usted me mandó explorar es un club de levantadores de peso. El club lo regenta el barbudo. Un tal Chad Kleiner. Los otros son una especie de atletas de playa.

—Eso ya lo vi.

—Sin embargo, Kleiner podría pelear con cualquier luchador profesional y vencerle. Tiene un gimnasio en Sunuo Bulevar. Allí ejercitan los músculos sus muchachos cuando llueve o está nublado.

—Entérese si en el club de Kleiner hay algún acróbata profesional, que actúe o haya actuado en espectáculos. Hábleme ahora de Kleiner.

—Hice indagaciones con pupila y averigüé que Kleiner abrió el club tras pasarse una temporada en presidio. Parece que alguien le financió, y ahora desea librarse del capitalista.

—Buen trabajo, Larry —aprobé.

Repicó el teléfono y me apliqué el auricular. La riente voz de Neil Colbert:

—He oído comentar que mi hermana está entusiasmada con usted. Por si se decide ella a convertirle en mi cuñado, venga alguna noche a cenar. Y ya que es usted detective, puede darme una pista para mi colección de aceros. Me agradarían armas blancas con historia.

—Haré lo que pueda; aunque para esto nada mejor que las comisarías.

—Bueno, procure no defraudar a Arlene. La pobre quiso ser independiente, pero pasó malos momentos en su afán de triunfar artísticamente. Hasta pronto.

Encajé el aparato. Brisson fingía contemplar telarañas en el techo.

—Si esta tarde le sobra tiempo, póngame por escrito todo lo que averiguó. Lo importante es saber si Kleiner actuó en espectáculos. Puede que esté perdiendo el tiempo, pero tengo la corazonada de que hallará la onda.

—Mientras usted me pague las comidas, lo demás no me

importa.

Medité que un gesto amistoso no vendría mal:

—Un par de noches por semana un amigo mío organiza una pequeña timba de póquer. ¿Querrá probar suerte?

Su lengua se movió al interior de su mejilla como en busca de una muela perdida. Por fin, dijo:

—Acepto. Me agraderá conocer a sus amigos.

—Muy bien. Esta noche nos veremos en el restaurante de Bronzino.

Le vi salir. Su nerviosa zancada parecía ser puesta en marcha como si fuera un robot. Pasé a la máquina, para empezar el borrador de un informe para Falk. Y Falk me llamó al teléfono, aullando:

—¡Logan! ¡No me gusta nada su comportamiento! Pero ¡nada!

—¿Qué diablos he dicho?

—Sabe de sobras a qué me refiero. No me agrada que me sigan. Y no lo soportaré más.

—Ah, ¿se refiere a eso? Olvídelo. Fue pura coincidencia. No se repetirá.

—Son coincidencias que no me convencen. Además, yo creí que usted actuaba solo.

—De costumbre, sí.

—Pero ahora, no. Bueno, quíteme su «sombra». Ya que cuando mire por la ventana, quiero ver mi calle libre.

—Está ladrando a una luna equivocada, Falk. No he colocado a nadie espionando su casa. Ahora bien, si quiere que investigue quién le ha enviado un Seguidor, lo haré con mucho gusto, cargándoselo a su cuenta.

—Lo que ha de hacer es ordenar a su maldito espía rubio de ojos claros que se vaya. Si sigue aún esta noche por mi calle, yo rescindiré nuestro contrato —y colgó.

Encajando mi teléfono, me dije:

«Vaya, vaya. Muy interesante. ¿Con que a horas libres acechas el domicilio del comodoro, eh, Larry?».

El recibidor del establecimiento de modas de Telma Colbert era impresionante por su severa frialdad. Una mujer con gafas surgió del interior, preguntándome:

—¿Desea ver algún modelo?

—La señora Colbert me espera —y le di mi identidad.

Subió por una escalera en espiral y me hundí en un sillón que me sepultó casi a ras de la espesa alfombra. Vinieron clientas. Salieron clientas. Y a la media hora, desde el rellano superior, Telma Colbert me llamó:

—¿Quiere subir, por favor, señor Logan?

Subí y entré en un despacho suntuoso. En un rincón había una vitrina con estatuillas como los Oscar. Posiblemente, premios de alta costura. Telma Colbert se quitó las gafas y dijo:

—Poseo la información que desea, señor Logan y espero que con ello termine nuestra relación. Pero no puede reprocharme que sea curiosa. ¿Para qué desea este informe su cliente?

—¿Quién dijo que era para un cliente?

—Ya que es usted detective... En fin, comprendo que sea usted reservado. Será su profesión la que le hace brusco, taciturno y directo.

Cogió su estilográfica y escribió nombres en una hoja, que arrancó, ofreciéndomela:

—¿Me da su palabra de que esto no causará molestias a nadie?

—Naturalmente, señora Colbert.

Leí la lista:

- Magda Acosta.
- Mildred Levelyn.
- Elinor Levelyn.
- Joan Tyler (La secretaria. ¿Quién lo hubiera creído?, pensé).
- Arlene Burns.
- Gail Merrick.

El último nombre me sorprendió. Era una campeona de natación a la que los de Hollywood trataban de convencer para filmar. No podía ser Elvina Bliss, a menos que anduviera ya por los escenarios a los doce años. Tampoco Arlene Burns podía ser Elvina.

No tenía quemadura alguna.

—¿Quién ganó el concurso? —pregunté.

—Gail Merrick, la nadadora.

—A lo mejor puede usted recordar el orden en que se alineaban.

—No, no lo recuerdo.

—¿Estas dos damitas con el mismo apellido, son familia?

—Son las gemelas Levelyn, muy conocidas en sociedad. Y ahora permítame aludir a mi cuñada. Esta mañana sostuve con ella una charla. Parece ser que Arlene se ha encaprichado con usted. Me veo obligada a rogarle que no le preste atención. Es una muchacha inteligente, pero no muy equilibrada.

—A mí me ha parecido encantadora y sincera. No veo motivo para que usted convierta en caso mental la independencia de una muchacha encantadora.

Se encasquetó ella las gafas:

—Ya que es así, señor Logan, me temo que si vuelve a salir con Arlene le consideraré un aventurero y no le concederé mi amistad.

—Señora Colbert, sepa que soy muy exigente en escoger mis amistades. Por eso prefiero la amistad de su cuñada. Abur.

Ya en la calle tomé aire. Estas mujeres de negocios me acaloran.

Di pronto con el domicilio Levelyn. Aparqué y remonté a pie la alameda particular que dividía el césped en dos pistas de tenis.

—¡Ey! ¿A quién busca?

Otra rubia. Delgada y bronceada, con camisa y *short* blancos, vino a mi encuentro desde una de las pistas.

—Busco a la señorita Levelyn.

—¿Cuál de las dos? Yo soy Mildred.

—Vale —y disimulando, seguí la pista en torno a la rodilla. No había quemadura. Suspiré—: Buscaba a su hermana.

Una segunda versión de la rubia Mildred surgió de la casa, agitando una raqueta como si friera tortas. Elinor también llevaba *short* y pude comprobar que al igual que su hermana, no tenía ninguna quemadura.

Cuando ya estaba cerca, le preguntó a Mildred:

—¿Quién es este grandullón?

—Yo qué sé.

Extraje la foto del concurso y apunté las piernas misteriosas:

—Fíjense en ellas, gemelas. Tengo que adivinar de quién son. ¿La recuerdan?

Las gemelas Levelyn fruncieron las delicadas frentes y dijo Mildred:

—Ni siquiera sabíamos que iban a fotografiarnos. Es decir, nos enteramos cuando abrimos la revista.

—Pudiera ser la señora Acosta —apuntó Elinor—. Nosotras dos

somos las del final a la derecha. De eso estoy segura.

—Fíjense en esta quemadura. ¿La reconocerán ahora?

Volvieron a enfocarse sobre la foto y coincidieron en que no recordaban a ninguna con quemadura sobre la rodilla. Les di las gracias y me alejé.

Cuando aparqué ante mi domicilio, vi el coche negro de la policía.

Pero al teniente Kelvin sólo lo descubrí cuando me tocó en el codo.

—Tengo que hablarle unos minutos, Walt.

—Me pagan por mis minutos. Además, ¿es que no trabaja usted nunca o qué? Su capitán estará mosca.

—Estoy libre de servicio ahora. Tenemos una queja contra usted.

—¿Sí? ¿De quién?

—Sólo he venido a advertirle y apenas pueda convertir la queja en denuncia, nos vamos a divertir, Walt.

—Será toda una juerga, mi teniente.

Entré de modo que a mi espalda el pestillo cayera, cerrando la puerta. Por la ventana vi al teniente subiendo en el coche con cara de perro sin hueso.

O sea que alguien había expuesto una queja. ¿Quién y de qué?

Me eché en la cama y se esfumó el mundo trivial durante unas tres horas hasta que el teléfono me retransmitió la voz de Larry Brisson.

—Esta noche me puede recoger en mi nuevo domicilio para la partida de póquer.

Me dio la dirección. Precisamente la del garaje donde había visto parar unos instantes al comodoro Falk. Veinte minutos después le recogía.

Larry Brisson sonrió a lo conejo, diciendo:

—Espero que no seré la víctima.

—Los muchachos juegan duro, pero sin trampa. Emplee el seso y sepa aprovechar el naipe bueno.

—Es usted un gran tipo, Walt. El único que me ha dado una oportunidad desde que volví al país.

—Puede que yo no sea más que un blando.

—Eso es lo que me extraña, porque no tiene reputación de blando ni mucho menos.

—Y usted, siendo un chico listo, podría encontrar una docena de buenos empleos. ¿Cómo me eligió a mí para un empleo flojo?

—No le elegí. ¿Quién le dijo que le elegí?

—Nadie. Pero siento curiosidad por sus respuestas.

—Bien, no me confunda. Ya oí comentar que andaba usted algo mal del seso.

—Es posible. ¿Ha averiguado algo nuevo?

—Hace años, Kleiner, el barbudo, trabajaba en espectáculos ambulantes. Hércules de barraca y levantador de pesas. Y tenía un número especial. Luchaba con una serpiente pitón. Una enorme, según cuentan.

—Debía ser interesante.

—No sé, ya que nunca le vi actuar. Incidentalmente, me enteré que el casero estaba quejándose de Kleiner porque éste guardaba en su casa un enorme reptil.

El leve dolor de cabeza se me incrustó entre cejas.

—¿Qué sucede, Walt? Parece estar enfermo.

—Estoy la mar de bien. Lo que pasa es que no sé por qué he de ser el tipo con quien no juegan limpio.

Respiró Brisson mirándome de soslayo.

Aparcando ante el domicilio de Don Travers, conduje a Brisson por un patio lateral hasta la entrada posterior. El propio Travers nos abrió. Cincuentón y agente de fincas, tenía siempre aspecto lacrimoso y fatigado.

Hice las presentaciones y bajamos al sótano, donde estaba la mesa redonda con su pantalla verde encima. Ceniceros, botellas de cerveza, fichas y dos barajas nuevas.

Sólo había dos ocupantes en las seis sillas. Dos enfermos de póquer, que sólo conocía de aquel sótano.

Quitándome la americana, le dije a Brisson:

—Allá hay una especie de cuarto de aseo, Larry. Se lo enseñaré.

Le conduje a través del sótano hasta el pequeño cuarto esquinado, donde en una percha colgaban americanas. Entró Brisson a colgar la suya, y yo entré, cerrando la puerta con pestillo.

Larry Brisson se volvió, extrañado.

No le dije nada. Me limité a mirarle en silencio. Y empecé a enrollarme las mangas de la camisa, hasta que me quedaron los codos al aire.

Lo hice lentamente, como un *gangster* de película. Y también con lentitud convertí mis manos en dos puños elocuentes.

CAPÍTULO IV

La yesosa cara de Brisson se contrajo en muecas nerviosas.

—Pero ¿qué le pasa, Walt?

—Ya que es usted tan listo, tiene que haberlo adivinado, hombre.

—No sé lo que pretende.

—No me gusta que en mi profesión me tomen por un imbécil.

—Algo le tiene enojado, Walt. Si me lo dice, podré aclarar las cosas. Si en algo le he molestado...

Odí lo que iba a hacer, pero sabía que no me quedaba más remedio, si quería que hablase. Le dirigí un largo rechazazo, y como es lógico, Brisson alzó la guardia para protegerse la nariz.

Mi gancho de izquierda conectó con un lado de su quijada. Aproveché el rebote para sacudirle en el hombro. Y Larry Brisson quedó sentado en una esquina, sacudiendo la cabeza para despejarse.

Esperando que se levantara, pensé:

«Maldita sea, Brisson. Por lo menos, pelea un poco, caray».

Brisson se levantó, y, al aproximarse, se le doblaron las rodillas. Pensé que iba a desmayarse, y me incliné para sostenerlo. El muy traidor me agarró por los tobillos, empujó con arte, y me caí con todo mi peso boca abajo como un sapo reventado.

En un segundo, Brisson me montó por la espalda, hundiéndome la rodilla en el espinazo y doblando su brazo izquierdo en torno a mi garganta. Abrió el índice y medio diestros en forma de horquilla, que me cabalgó la nariz con la sana intención de hincarme las uñas en los ojos.

—Cometiste un error, Walt. Aprendí muchos recursos con los *marines* en el Vietnam. Y ahora podría dejarte ciego. Escoge. Platillo en una esquina y perro por conductor, o me dices lo que te tiene enojado conmigo.

Eso no era lo que yo había planeado. Me jugué las pupilas. Empleando al máximo mi anatomía, pude cogerle las muñecas. Él tenía a su favor la ley del jinete, y yo noventa kilos de músculo, carne sin grasa y osamenta bien calcificada.

Pude llegar a sus manos, y empecé a apartarle los dedos en sentido contrario. Le dolía al muchacho. Di la primera vuelta por el suelo. A la tercera, le proyecté contra la base de la pared. Perdió su presa y nos separamos. Al quedar en pie, no desperdicié el tiempo esta vez. Dos cortos ganchos en las costillas y un toque a fondo en la caja torácica.

Larry Brisson quedó K. O, por más de la cuenta. Tendí el oído, pero Don Travers seguía manejando naipes con sus dos amigos. Era discreto, y si yo quería emplear aquel rincón para discusiones personales, eso no le preocupaba, mientras no hubiera ningún cadáver.

Brisson iba volviendo en sí, sentado en su esquina, convertidos en fuelles sus pulmones. Si llega a ponerse algo terco, la clínica le arruina.

Se le hinchaban las mejillas, le sangraban los labios y entonces le advertí:

—Creo que ya nos hemos entendido, Larry. O sea que vamos a charlar.

—Adelante, Logan. Hable todo lo que quiera —resolló, rencoroso.

—Yo no. Usted. Yo sólo escucho. Y hábleme lealmente, si es que quiere salir de aquí caminando.

—Eso quiero.

—Entonces, dígame qué se traen usted y Falk.

Intentó jugar al cándido:

—¿Quién es Falk?

—No se ponga travieso, muchacho. Porque ya me ha calentado bastante la sangre. Usted ya conocía a Falk antes de venir a verme.

—El gran detective Logan se lo sabe todo.

—El resto me lo dirás, Larry. ¿Hace tiempo que sigues a Falk?

—Bastante.

—Solicito respuestas detalladas, Larry.

Se frotó con mimo la barbilla:

—No tenía por qué darme una paliza.

—Eso ya pasó, hombre. Vamos al grano.

Le concedí a Brisson unos minutos para reponerse, y fui a recoger un par de sillas. Dije:

—Dentro de poco nos unimos a la partida, Don. Larry y yo teníamos primero algunas cosas de que hablar.

—Tomad el tiempo que queráis, Walt.

Brisson estaba recomponiéndose cuando entré con las sillas. Le aclaré:

—Debí adivinarte antes, porque llegaste pisándole casi los talones a Falk. Ibas siguiéndole y le viste entrar en mi despacho. Tenías que averiguar para qué me quería, y acudiste al Bronzino contándome una historieta triste, pero desde un principio me oliste a cuento.

—¿Cuándo me relacionaste con Falk?

—Fui a ver el garaje cuyo teléfono me diste, y vi llegar a Falk. Demasiadas coincidencias para un solo día.

—Y Falk debió asomarse por su ventana una noche y me vio. Te lo contó —y destilándome una ojeada sardónica, añadió—: Fue así, ¿verdad?

—Pitas, muchacho. A Falk no le gustó y a mí tampoco.

—¿Qué busca Falk?

—Primero me cuentas tú lo tuyo.

—Es largo.

—No importa. Tenemos toda la noche muy nuestra.

—Bien, ya que insistes... Se remonta a cuando estuve en el ejército. Te cité al teniente Mac Donald, pero sabía que había muerto allá en Vietnam, puesto que por allí rondaba yo. Verás, la cosa empezó...

Brisson se hinchó de hablar y yo de escuchar. Si sólo el cincuenta por cien de lo que me revelaba era cierto, el lagartija de Brisson estaba en la pista de un secreto que valía una fortuna.

Había empezado así:

—Cuando fui destinado a una sección policial en Saigón, en aquellos momentos era una ganga esa ciudad.

El exteniente de policía Angus Mac Donald fue destinado como teniente de infantería a la sección de policía militar en que se hallaba el sargento Larry Brisson. Ya se conocían y se hicieron amigos.

Sacaban tajada de las recompensas, recobrando penicilina robada. Una noche, a beneficio de la tropa, actuó una compañía de atracciones. Entre ellos un hombrecillo con sombrero de copa, bastón y guantes, que bailaba, cantaba y soltaba chistes de todo calibre. Era anunciado como el comodoro Orlando Falk. Y camino de su domicilio, Mac Donald comentó:

—¿Te fijaste en el chiquitín llamado Falk? Allá en California le tuve vigilado. ¿Recuerdas el robo de casa de los Acosta? Ciento cincuenta mil pavos de joyas se hicieron humo al apagarse las luces. Sucedió en una fiesta que daban los Acosta. Gente que se gasta el dinero en fiestas a todo plan.

—Ya que pueden, hacen bien. Para eso está el dinero. Para gastarlo.

—El caso es que la señora Acosta fue la perjudicada. Una mujer de grandes ojazos negros. Mexicana aristócrata. Diecinueve años y ya casada con otro aristócrata de Los Ángeles. Para celebrar el primer aniversario contrató una compañía de artistas que se exhibieron en sus jardines. Linternas, farolillos y muchos invitados. Le limpiaron las joyas.

—¿Cómo?

—Desconectando la transmisión a las linternas. Cuando la luz se hizo, doña Magda Acosta se había quedado sin la diadema de diamantes, tasada en cien mil, el brazalete de veinte mil y un par de anillos con garbanzos sumando por lo bajo treinta mil.

—¿Y qué tiene que ver con esto el chiquitín de Falk?

—Era uno de los que actuaba en la fiesta, haciéndose apodar Comodoro Colibrí. No pude demostrar que estaba en el asunto. Pero lo estaba y hasta el cuello. Algún día podré desenmascararlo. Recobramos el brazalete y anillos, que habían sido vendidos en Oakland. Pero la diadema no apareció. En mi comisaría quedaron en escribirme si aparecía la diadema y no han escrito. Está claro que alguien sigue conservándola. Y el que la recupere se gana un buen cheque de la compañía de seguros. Basta con que se logre hacer cantar a Falk.

—Bien, espero que lo consiga cuando regrese a California, teniente.

Larry Brisson hizo una pausa, y dijo:

—Ésta es la historia. Mac Donald y yo no volvimos a hablar más

de este asunto, porque los norvietnamitas nos tuvieron ocupados bastante tiempo.

—¿Cómo se hizo matar Mac Donald? —quise saber.

—No lo sé. Le citaron como caído en acción. Y después que me licenciaran seguí en Saigón.

—¿Cuándo topaste con la pista de Falk?

—Estaba por Miami cuando le vi saliendo de un hotel. Y decidí seguirle.

—¿Qué recompensa hay por la diadema de diamantes?

—Cuarenta mil. Hace un mes, Falk compró un pasaje para Los Ángeles. Yo sólo pude coger el tren y llegué aquí hace diez días. Hace una semana compró en el garaje cuya dirección te di, un «Simca». Sondeé al dueño y le saqué un empleo de vendedor.

—Por lo tanto, tienes trabajo.

—Si así lo quieres llamar. Lo que yo pretendía era ver si podía acercarme a Falk como chófer o algo, ya que parece no tener amigos. Y un día Falk te visita. Me pregunté: «¿Para qué necesita un detective?». Eso me intrigaba y para averiguarlo te pedí trabajo. Eso es todo, Walt, ahora te toca a ti. ¿Para qué te ha contratado?

—Busca a alguien —aclaré cauteloso. Y añadí una falsa pista—: A Kleiner.

—No me despistes, Walt. Porque me consta que Falk ya sabe todo lo que necesita saber de Kleiner. Dónde está y todo lo demás. No, no... Si Falk busca a alguien, tiene que ser otra persona. ¿Quién?

Me levanté para sacar tabaco de mi chaqueta. Mordí la punta y encendiendo, exhalé una buena bocanada. Dije:

—Podemos unimos al póquer.

—Escucha. Yo te hablé claro, Walt.

—Muy bien, Larry, pero sigues siendo mi auxiliar y yo el patrón. ¿Kleiner actuaba en la misma compañía que Falk?

—Averígualo —me desafió Brisson.

—Mañana hablaré con Kleiner.

Salimos juntos y le dije:

—Arriba hay un cuarto de baño —y al pie de las escaleras, añadí —: A Travers no le importa que lo emplees, mientras lo dejes todo bien limpio.

Echamos unas manos y conduje a Brisson a su nuevo domicilio.

Un *bungalow* cerca del garaje en que trabajaba. Bajando, me preguntó:

—¿Mañana a qué hora vengo?

—A ninguna. No te necesitaré.

Me miró con recelo.

—Oye, no me juegues una mala faena, ahora que sabes de qué va.

—Yo siempre juego limpio. Menos con los tramposos, Brisson.

Puse el coche en marcha y miré por el retrovisor. Mi auxiliar Larry parecía otro arbusto más al borde de la acera. Un tronco, pero encogido.

A las cuatro, ya en pijama, pasé a lavarme los dientes. Cogido con un alfiler en la cortina de la ducha, había un papel. Lo leí:

«Querido Walt:

»Te estuve esperando horas, cariño. Tuve que irme, tras sobornar inútilmente al gerente, diciéndole que yo era tu hermanita que acababa de llegar de Prinsville. Procura estar en casa cuando anhelo oírte decir que me quieres. Porque yo sí te quiero.

»Arlene».

Había una posdata:

«Al mediodía estaré en la tienda de Telma. Ven a invitarme a comer. Sin ti pierdo el apetito».

Buena chica. Me dormí a fondo. Desayuné y fui a visitar el archivo de Prensa atrasada. Me sumergí en la lectura:

«Sigue sin hallarse la pista de los ladrones de las joyas Acosta.

»El teniente Mac Donald, a cargo de la investigación sobre el robo de los ciento cincuenta mil dólares en joyas de la mansión Acosta, ha declarado al cuarto día de pesquisas que no hay pistas sólidas, si bien ha recibido confidencias del hampa, demostrando que este robo es obra de aficionados.

»El robo tuvo lugar mientras en los jardines actuaba toda la compañía artística en conjunto. Todos sus componentes fueron interrogados antes de permitirles ausentarse. Fueron registrados al igual que todos los invitados, pese a las protestas del señor y la señora Acota, quienes con hidalguía aseguraban que preferían la pérdida de las joyas a mortificar a sus invitados».

En otro periódico había el programa de la compañía artística. No me sorprendió leer que dos de los números eran: Comodoro Colibrí y Kleiner, el luchador serpentino.

Falk y el barbudo.

El último número del programa era: Elvina Bliss, la danzarina enmascarada.

En una foto de la casa Acosta, un dibujante había señalado el camino que habían seguido los ladrones, según deducciones posteriores. Una pared tapizada de parrales, desde la que el ladrón había saltado a la alcoba del segundo piso.

Una deducción estupenda, partiendo de la base de que el ladrón tuviera seis años y pesase treinta kilos.

Según las declaraciones, la señora Acosta estaba reposando unos minutos, mientras actuaba la compañía de artistas. Y de pronto, inexplicablemente, se apagaron las luces de su alcoba.

Naturalmente, ella ignoraba que todas las luces se habían apagado, excepto un foco con generador propio, que concentraba su haz de luz en el estrado donde Elvina Bliss ejecutaba su baile exótico.

Segundos después de apagarse la luz, la señora Acosta había percibido unas manos masculinas y brutales que le arrancaban las joyas que llevaba. Ella gritó, pero no pudo ser oída, dado que en aquellos mismos instantes, los espectadores aplaudían con entusiasmo el final de la exhibición de Elvina.

Al salir al pasillo que conducía al resto de oficinas del periódico, topé con alguien. Nos excusamos mutuamente. Era el reportero gráfico al que yo le había comprado la foto ampliada del concurso, y me dijo:

—Debí cobrarle más caro, amigo. Esta foto ha de ser una mina de oro. Ayer vendí dos ampliaciones más.

Saqué un billete de cinco, y se lo enseñé, asegurándole:

—Estos cinco pavos adivinan quiénes le compraron las fotos. ¿A que sí?

Él sacó una libreta y leyó:

—Señora Telma Colbert y Monty Conradine.

El jovencito esbelto y perfumado. La modista lujosa y dominante.

Quise sacarle más jugo a los cinco dólares:

—Este Conradine me suena.

—Tiene un estudio de fotografía artística. Da clases. Con la señora Colbert tuve suerte, porque esta foto la disparé sin pedirle permiso a ella, que era la jefe de programación en aquella fiesta. Pero es una señora de las finas. No sólo no me ha abroncado, sino que ayer me pidió con gentileza que le vendiese una ampliación. Se ve que la foto tiene algo que no consigo ver. Total piernas sin nada más. En cualquier playa las hay a montones y con el resto de la persona.

Pasé a la cabina telefónica. Y convoqué a la señora Acosta, cuya refinada entonación me acarició el oído:

—Soy Walt Logan. Le hablé hace un par de días.

—Sí, le recuerdo. El detective.

—Entonces era a propósito de la foto del concurso social. Pero ahora creo disponer de una pista sobre el robo de sus joyas, señora.

Su respingo vocal me llegó a través de diez millas de cable. Por lo visto el recuerdo de aquel asunto era recio. Aguardé a que se repusiera, y le dije:

—Me agradecería poder hablar con usted personalmente, señora.

—Estaré en casa a partir de las dos.

—Hacia las tres besaré su mano, señora.

Fui a la tienda de Telma para recoger a Arlene y tropecé con una distinguida vendedora, la cual me informó que si yo era Walt Logan, la señorita Burns había telefoneado rogando que la esperase porque se retrasaría un poco.

—¿Y dónde quiere ella que la espere? —quise saber.

—En el despacho de la señora Colbert. Tenga la bondad.

Le dije que ya sabía el camino y pasé al despachazo, que sin Telma parecía muy desolado. Me instalé en el moderno sillón cerca de la mesa, pero el respaldo era incómodo.

En pie, encendí un pitillo, y entonces me atrajo la pupila el lugar

destinado para correo. Había un largo sobre con el sello pegado, dispuesto a ser recogido para echar al buzón. Leí la dirección:

Sr. CHAD KLEINER
Kleiner Club
Sunup Bulevar, 46
Los Ángeles

Me costó unos segundos reaccionar. La conexión era así: Larry Brisson conocía a Falk. Falk conocía a Kleiner. Telma Colbert le escribía a Kleiner.

Palpé el sobre. No cabía duda de que contenía billetes de Banco. Lo dejé apresuradamente en su sitio, y sentándome adopté la postura del visitante aburrido.

A mi espalda, una voz que conocía, por su afectación y blandura, decía:

—¿Espera usted a alguien en particular?

Me volví levantándome. El lindo Monty Conradine estaba en el umbral. No le gusté.

—¿Quién le permitió entrar aquí, Logan?

—Se equivocó de piso, Monty. Encajes y lacitos es abajo.

—¡Contésteme! Tengo capital como socio en este establecimiento.

—Estoy aquí porque me han invitado.

—Telma Colbert, no. Esto me consta.

—¿Es que lee su correo o qué?

Monty desapareció bufando. Pero reapareció al minuto, y pasó tras la mesa despacho, cuyos cajones empezó a registrar, como si estuviese a solas. Después miró por encima y recogió el sobre. Lo leyó, sopesó y entre dientes masculló algo repleto de rencor. Le dije:

—Si a diario se dedica a registrar el despacho de la patrona, va siendo hora de que adquiera práctica, Monty. Lo hace muy mal, caramba.

Me dirigió un epíteto malsonante y frunció las cejas. Monty, dando un rápido rodeo, abandonó el despacho. Por lo visto conocía a Kleiner también.

¿Por qué me había visitado ofreciéndome dinero para irme? Primero había creído que era para dejar de flirtear con Arlene Burns, una estrellita prometedora, a la que alguien con medios

bancarios no deseaba que saliera con un tipo como yo.

Pasaron diez minutos y entró Arlene, radiante.

—¡Walt! Hace siglos que te echo de menos.

La recogí entre mis brazos y nos besamos con pasión.

Una voz riente a mi espalda, anunció:

—¡Corten! La toma ha salido bien.

Era Neil Colbert que había venido con su hermana, pero ésta le había aventajado en unos treinta metros. Se apartó Arlene y Neil me tendió la mano:

—¿Qué tal? ¿Siempre olfateando?

—¿Siempre coleccionando pinchos?

—Ahora precisamente tengo un guion magnífico. De la época de la conquista normanda. En color y por todo lo grande.

—Los muchachos en aquella época, ¿con qué peleaban?

—Con espada ancha y corta, y los daneses con hachas. En la famosa batalla de Hastings, los sajones encajaron en fila sus escudos para guardar a pie firme la carga de la caballería normanda, y con sus largas hachas por encima de los escudos, cortaron en canal a los jinetes y...

—Otro día, Neil —rió Arlene—. Yo tengo mi batalla con Walt. Vámonos.

Nos encaminábamos a la salida, cuando entraron Telma Colbert y su puritana secretaria Joan. Telma contempló el desorden de su despacho, se encajó las gafas y nos saludó jovialmente:

—¿Qué tal? Un día precioso, ¿verdad? Ya que veo que el señor Logan casi forma parte de la familia, te sugiero, Neil, que le invites a cenar esta noche.

—Me place —afirmó Neil Colbert.

Tendió Telma unos folios a Joan, diciéndole:

—Querida, llévelos al archivo.

Joan Tyler salió con evidente desilusión y Telma, mostrándonos el desorden de su despacho, comentó, benévola:

—Es una buena chica, pero a veces algo despistada.

Intervine:

—A propósito. ¿Monty vendrá a la cena? Parece ser de la casa.

—¿Monty? —inquirió ella, como si dudase que un sujeto como yo y una dama como ella pudiéramos tener amistades en común.

—Monty Conradine —especifiqué.

Cogida a mi brazo, Arlene se sacudió en risitas:

—Nunca pude figurarme que conocieras a Monty. Bueno, es inofensivo. Un corderito.

—¿Contamos con usted esta noche, señor Logan? —Casi ordenó Telma—. A las nueve.

—Garantizo que acudirá —afirmó Arlene.

Telma Colbert nos dedicó como despedida una sonrisa ácida como el limón.

Fuimos a comer a Bronzino. El dueño la conocía como gran actriz, según dijo. Joyce Brady, la virtuosa del mostrador de mi local, estaba comiendo con un individuo que tenía aspecto de tenedor de libros.

A media comida, saqué un billete de cinco muy nuevo y pregunté:

—¿Qué día cumple años, Arlene?

—El treinta de octubre. ¿Por qué, Walt?

—Si firmas en este billete, añadiendo la fecha de tu nacimiento, Matt Bronzino lo clavará allí —y señalé los paneles del bar, donde había otros billetes autografiados, clavados con chinchetas—. Si vienes a comer el día de tu cumpleaños, Matt te obsequia con champaña.

—Encantador —sonrió ella, inscribiendo su nombre en el billete que se llevó Bronzino.

A la hora del café, Arlene me pidió un duplicado de mis llaves. No vi inconveniente y un botones las llevó a un taller ultrarrápido, que nos trajo el doble juego cuando saboreábamos un tercer café.

Cuando Arlene partió en un taxi, volví a mi estado normal. Aquella muchacha tenía la ciencia de convertirle a uno en alelado.

En mi despacho sonaba el teléfono y Orlando Falk, el comodoro, me llenó de improperios, asegurando que yo no hacía méritos para ganarme el dinero que me pagaba, y por último que el rubio nervioso, seguía espionando su casa.

Le aseguré que le sacaría aquél espía, y probé un farol:

—Hay un sujeto que me ha ofrecido un billete de mil, para que yo me vaya lejos. Se llama Monty Conradine.

La voz de Falk se hizo aguda, estremecida:

—¡Monty Conradine! ¿Está aquí en Los Ángeles?

—¿Le conoce entonces?

—De eso hablaremos en otra ocasión, Logan. Usted siga buscando a Elvina Bliss y nada más.

—¡Ey! —grité inútilmente. Había colgado.

La actuación ahora tenía tres incógnitas juntas: el comodoro chiquitín, el barbudo Kleiner y el barbilindo Conradine.

Repasé mi correo. Una editorial apremiándome a comprar «Hoy Mismo la Biblia Comentada». Un cheque de cincuenta que un almacén me enviaba por haber localizado al que se llevaba los bidones de alcohol. Y quedaba una cartita escrita con letra de colegiala aplicada:

«Señor Logan:

»Si desea progresar en su investigación sobre la familia Colber, tenga la bondad de verme tan pronto pueda. Resido en Santa Mónica, Departamentos Mimosa. No importa lo que ella le haya dicho, porque yo sé que ella estaba allí cuando fue tomada la fotografía. Le ruego que sea discreto. Creo que sé lo que busca usted.

»J. T.».

J. T. La secretaria Joan Tyler. Silbé complacido. Iba ya por buen camino en el laberinto de la quemadura.

CAPÍTULO V

En el vestíbulo recogí un periódico y al acudir Joyce, comenté:

—¿Le sentó bien el almuerzo? ¿Era su novio el que la acompañaba?

Asintió algo sonrojada, replicando:

—La muchacha que estaba con usted es preciosa. Arlene Burns, ¿verdad?

Asentí.

Joyce fue a la caja a depositar mi moneda. Su figura era algo digno de aparecer dentro de las revistas y no para venderlas.

—Ah, me olvidaba, Walt. Este hombre gordo, de mala cara, que me dijo usted que era policía, ha estado de nuevo hablándome.

—¿Y qué quería? —pregunté escamado, porque el teniente Kelvin se ponía ya demasiado insistente.

—Nada en particular. Sólo hablarme.

—No se fíe de él ni le haga caso. Además de policía es padre de familia numerosa.

—Parece pensar que yo salgo algunas noches con usted. ¿No es absurdo?

—Lo absurdo es que no acepte mi invitación, querida.

—Veremos —susurró misteriosamente, yendo hacia otro cliente.

Salí turulato. Aquel «veremos» me mareaba anticipadamente como un extracto de buen perfume. Conduciendo mí «Ford», las imágenes de Arlene y Joyce bailaban un vals de torbellino entre mis sienes.

Me esforcé en apartarlas para concentrarme en Joyce Tyler, la secretaria que deseaba verme cuanto antes mejor porque «sabía lo que yo buscaba». Conduciendo hacia Santa Mónica, di vueltas a una teoría; partiendo de la suposición de que Joan Tyler fuera Elvina Bliss. Si antes exhibía con generosidad sus artísticas perfecciones, era lógico que al convertirse en secretaria, se camuflase en severa

puritana. En su mensaje me rogaba discreción...

Los departamentos Mimosa eran una serie de *bungalows* muy monos, rodeados de pequeños jardines. Cada uno tenía en la acera de la alameda su buzón particular.

Detuve ante el buzón con la etiqueta: «Joan Tyler». Me apeé, contemplando el adorno provisional que lucía dicho buzón:

Un individuo arrancado de una película, verdadera personificación del elegante matón simpático.

Me miraba de soslayo, sonriente. Yo hice ver que ni me daba cuenta, pero al ir a empujar las crucetas de madera que daban paso al jardín, el guapo matón dejó de acodarse en el buzón y colocó la diestra ancha sobre el poste de las crucetas.

Le miré de soslayo, sonriente.

—¿Es usted el portero, amigo?

—Casi, casi. ¿Por casualidad es usted Walt Logan?

—Nada de casualidades. Fue un ardiente deseo de mis padres. Y a todo eso, ¿le importa mucho saber quién soy?

—Supongo que viene usted a visitar a la señorita Tyler.

El tono era amable, pero me tenía mosca aquel muchacho, que debía conocer todos los recursos de la lucha libre y los más sucios de la callejera.

—Puestos a suponer, no creo que usted sea la señorita Tyler.

—Llámeme Stone. Y ahorraremos tiempo si me favorece leyendo este carnet.

Me lo tendía. Yo bizqueé leyendo, porque a la vez quería saber si era truco para cogerme distraído. Pero por el momento, Stone no tenía intenciones agresivas.

El documento decía que se llamaba Leslie Stone y que era guardaespaldas diplomado.

—¿Y qué espalda protege, Stone?

—Entre otras la de la señorita Tyler.

—Ya. Como yo no vengo con intenciones malévolas, espero que no se opondrá usted a que la visite.

—No se halla en su domicilio ahora.

Me rasqué la sien. Stone parecía sincero.

—Oiga, no es criticarle, Stone, pero me está usted resultando un guardián despistado, porque si Joan no está en la casa, ¿qué guarda usted? ¿La casa?

No esperé respuesta y avancé por la gravilla Stone no se movió del poste. Llamé a la puerta.

Tres pasos a mi espalda, me notificó Stone:

—Para evitarle sospechas, puede echar un vistazo al interior. No hallará nada anormal. La llave está en la urna, a un lado de la linterna.

El maldito oficio le hace a uno muy desconfiado. Por si pretendía Stone que mis huellas quedasen en la llave, o me esperaba algo anormal dentro de la casa, me dispuse a invitarle a él a abrir.

Leslie Stone no era tonto. El mismo, sin abandonar su apacible sonrisa, recogió la llave, abrió y, pasando al interior, dijo:

—Compruebe usted mismo.

Comprobé. No había rastro de Joan, ni tampoco nada revuelto ni oculto, revelando violencia rapto o muerte.

Salí al jardín y Stone, cerrando, volvió a colocar la llave en su sitio.

—¿Cómo se imaginaba usted que yo iba a venir? —quise saber.

—Mi cliente dedujo que trataría usted de hablar privadamente con la señorita Tyler.

—¿Quién es su cliente?

—A esta hora le podría él recibir. Creo que le convendría una charla con mi cliente, Logan.

Leslie Stone se me adelantó, pero no fue a mi cacharro, sino que señalando un «Buick» dos plazas cerca de la próxima esquina añadió:

—Precisamente ahora voy a informar a mi cliente. Si quiere seguirme...

—¿Y si no le sigo, Stone?

—Usted perderá posiblemente una información aprovechable.

Leslie Stone, pisando como un felino bien alimentado, se alejó. Cuando embolsó su «Buick», le seguí con mi «Ford».

No me llevó ninguna sorpresa cuando le vi detener un instante la marcha para señalarme a mí por la ventanilla al policía que montaba guardia a un lado del umbral de los Estudios Primax.

Ya sabía quién era el cliente que hacía proteger a Joan Tyler.

Stone detuvo su coche ante una especie de camerino, en cuya puerta se leía:

NEIL COLBERT
Prohibida la entrada.

Stone tenía llavín y abrió, anunciando:

—Fue a visitarla. Ha accedido a venir a verle, señor Colbert.

—Gracias, Stone. Déjenos solos.

Stone cerró sin llave, por fuera, y yo eché un rápido vistazo a los tabiques. Totalmente recubiertos por capas superpuestas de decorados reproducidos en cartelones de vivos colores de aproximadamente un metro cuadrado.

Neil Colbert, con más aspecto que nunca de profesor despistado, señaló con una varilla parecida a un puntero, uno de los carteles:

—Tiene que representar el fondo de un prado normando, en la secuencia donde el guerrero Honfleur, malherido, se bambolea en su caballo que le lleva hacia el castillo de su amada. ¿No opina que sobra verde, Logan?

—Si es un prado, las vacas tienen que pastar, digo yo.

Quitándose los lentes, Colbert se dio masajes en los párpados. O estaba cansado o estaba inquieto.

Como mobiliario no había más que una mesa de dibujo y dos sillones. Me señaló uno y manifestó, calándose los lentes:

—Hay momentos, Logan, que la vida resulta complicada.

—Dígamelo a mí...

Y como me caía simpático, añadí sincero:

—Si en algo puedo ayudarle, director, hableme sin remilgos.

—Eso quiero, pero es difícil, porque el tema es delicado. Supuse que usted en su investigación intentaría privadamente hablar con Joan.

—Bien supuesto. ¿Dónde está Joan?

—En la tienda de Telma. Cuánto voy a decirle es estrictamente íntimo.

—Y seguirá siéndolo.

—Joan es una muchacha sin afectos, que tuvo una adolescencia dura y que me agradeció que no me comportase como los demás hombres.

Le eché una mano.

—Usted ni le hizo la rosca ni la trató como una esclava.

—Eso es, pero ella es muy sentimental. Cree sinceramente en una confusión que ella misma se ha creado... Confunde el

agradecimiento con el amor... Fíjese bien en mí, muchacho. No tengo nada de galán, y le he repetido constantemente a Joan que ella encontrará al hombre soñado, que no soy yo.

—Sin obtener más resultado que ella se sienta aún más enamorada de usted.

El rostro de Colbert expresó asombro y también agrado:

—Pero ¿es que estima posible que ella pueda enamorarse de mí?

—Todo es muy complejo, para que yo pueda darle una opinión que siente cátedra. De momento, me consta que usted está más enamorado de su esposa.

—¿Por qué?

—De lo contrario, usted habría entablado la petición de divorcio. Digamos que le halaga el platónico amor de Joan y que, por el instante, sinceramente, desea que ella se fije en otro hombre más asequible.

—¡Exacto! Y le agradezco que no haya pensado nada irregular. Joan es muy decente.

—No lo pongo en duda. ¿Por qué la hace escoltar por Stone?

—Stone es mi guardia personal para defenderme de los importunos que piden papeles o algo por el estilo. Solamente hoy coloqué a Stone rondando la casa particular de Joan, por si aparecía usted. No quería yo llamarle. Hubiera preferido no explicarle lo que ocurre, pero ahora que he tenido que hacerlo, lo celebro. Le doy mi palabra de honor de que entre Joan y yo no existe la menor relación vulgar.

—No lo pongo en duda tampoco, pero sepa también que yo no he sido contratado para espiarles a usted y a Joan. Esta noche hablaré con ella.

No podía mencionarle la cartita, mientras no supiera qué era lo que Joan quería revelarme. Colbert pareció tranquilizarse y, levantándose, empuñó de nuevo el puntero que conservaba bajo el sobaco.

—Le agradezco la molestia, Walt. ¿Quiere que pida unas copas?

—No, gracias. Regreso a mis menesteres. Hasta otra, señor Colbert.

Neil Colbert volvió a ensimismarse en sus cartelones y decorados.

Leslie Stone se reclinaba en la ventanilla del volante de mí

«Ford». No podía oírnos Colbert, y por eso tanteé el terreno:

—Dado que mi virilidad está por encima de toda sospecha, puedo decirle sin sonrojarme que es usted un tío guapo, Stone.

—Favor que usted me hace, mejorando lo presente.

Un hombre sano. Firme como una roca. De poco cacareo, como los gallos, por los que hay que apostar. Lo recuerdo siempre llegado el momento. No apuesto nunca por los ruidosos, que desean impresionar.

Los rudos, silenciosos y matones de verdad, son pocos en palabras.

—Me extraña que con su físico no haga usted películas, Stone.

—Lo intenté. Me fastidia. Cuando hay que reír, no puedo, aunque me hagan cosquillas.

—Privadamente, ¿qué opina de Joan Tyler?

—Sería, correcta y bonita.

—¿Por qué no le echa una mano al buen Neil?

—No lo entiendo.

—Neil está apurado. Desea que Joan encuentre al marido de sus sueños.

Leslie Stone se apartó del «Ford» y descruzó los brazos. Su tono tenía filos y aristas cortantes:

—Nuestro breve encuentro ha sido llano. No lo haga montañoso.

—Hombre, no haga una montaña de un grano de arena. A mí se me ocurrió pensar que si yo le tuviera simpatía a mi patrón y le viera apurado ante el enamoramiento de una doncella sentimental, trataría de conquistar a la doncella. Nada más, Stone.

La sonrisa de Stone volvió a ser normal:

—Cada cual tiene su idea. La mía es que interponerse en asuntos sentimentales no sirve de nada... Adiós, amigo.

Y el amigo Stone se alejó a largas zancadas. Me dejó pensativo su comentario sibilino. ¿Significaba que era inútil querer conquistar a Joan? ¿O que también Neil Colber estaba platónicamente enamorado de Joan?

Bueno, esto lo resolvería el consultorio sentimental, no yo.

Abandonando los estudios, decidí concentrarme en mi próxima visita. Magda Acosta, una de las damitas que actuó en la tómbola benéfica.

Iba a ser algo difícil comprobar si era ella la dueña de la

quemadura. Los chismorreos sociales presentaban a Magda Acosta como una altiva castellana de México, a la cual resultaba difícil preguntarle así como así y en tono banal:

—Señora, ¿sería usted tan amable de indicarme si sobre la rodilla tiene una quemadura?

Hay preguntas que ni siquiera en la alta sociedad suenan inocentes.

CAPÍTULO VI

Siempre he envidiado a los que pueden disponer de una casa sin vecinos, y que para conseguirlo no tengan que remontarse a la cumbre de un cerro.

La mansión de los Acosta reunía estas condiciones. Un palacete enorme, con piscina, pista de tenis y demás complementos.

Detuve mí «Ford» en el extenso parque. Subí una escalinata, pasando a la sombra de una galería cuyas columnas imponían respeto.

Pero el que también imponía respeto era el mayordomo que abrió a mi llamada. Debieron los Acosta importarlo directamente de Londres. Sus ojos eran dos trocitos de ginebra helada.

Era tan impasible, que me entró la tentación de darle un puntapié en la espinilla para ver cómo reaccionaba. Casi seguro que contraer el rostro de palo y lanzar una imprecación, le hubiera costado la vida.

—Tengo hora concedida por la señora Acosta —le anuncié.

Esbozó un solemne cabezazo, cediéndome el paso, para después conducirme a un salón, dejándome a solas con una serie de cuadros con antepasados ilustres.

Espanoles de capa y espada que me contemplaban con gallarda altivez. Era indiscutible por aquellos retratos que abundaba la sangre azul en la raza Acosta.

Magda Acosta apareció escoltada por un perro cuyos antepasados debían ser también de intensa sangre azul, porque erguía el hocico con sumo desdén.

—¿Cómo está usted, señor Logan?

Sus ojazos y cabello color azabache hacían resaltar más la intensa blancura de su piel.

—¿Y usted, señora?

—Siento curiosidad. ¿De veras sabe algo del robo de mis joyas?

La policía investigó mucho tiempo sin descubrir nada.

—Lo sé, y sé también que ha corrido mucha agua bajo los puentes desde entonces. Pero tengo una teoría. La diadema de diamantes sigue intacta y no fue vendida.

—¿Cómo ha podido adivinarlo?

Soslayé la respuesta sacando la foto del concurso, presentándosela.

—Tengo razones para creer que una de las damas de esta foto sabe dónde están escondidos los diamantes.

—¡Imposible! Yo conozco bien a todas ellas.

—Supuse que mi información le extrañaría. Espero que no tendrá inconveniente en decirme quién es la propietaria de este par de piernas. Estas que tienen una quemadura sobre la rodilla.

—Realmente, no tengo la menor idea.

—¿Acaso su marido? —sugerí.

—Mi marido está inválido desde hace varios años. No abandona nunca su lecho.

—Lo siento. ¿Podría ver el jardín donde tuvo lugar la exhibición de los artistas?

—Naturalmente que sí. Yo misma le acompañaré.

El jardín al que me llevó habría servido para un estadio en su dimensión.

—Aquella noche colocamos las mesas en aquel borde y el estrado estaba allí —me fue señalado—. Parte de la piscina quedó cubierta con lona, porque en estas fiestas algún bebedor suele caerse al agua.

—¿Quién tuvo la idea de contratar los artistas?

—Yo misma. Los varones apreciaron mucho la clase de baile que realizó Elvina Bliss. No pude imaginarme que ella iba a exhibirse de tal forma.

Erguí las orejas.

—¿Qué clase de baile era?

—Sólo oí los comentarios, ya que me fui antes de que ella actuase, porque me puso casi enferma presenciar cómo un forzado luchaba con una boa. Me retiré a mis habitaciones, y me dormí unos instantes. Dos días después mi médico opinó que debían haberme echado alguna droga en uno de los combinados que bebí.

—¿Y los que vigilaban sus joyas? Tenían que estar cerca de

usted.

—Les dije que se quedasen abajo, para cuidar de las demás invitadas. No podía suponer yo que el mareo que sentía me iba a durar. Y entonces, la danzarina empezó su silencioso baile. Las luces se apagaron.

—¿Las dos cosas ocurrieron a la vez?

—Casi. La policía primero lo encontró extraño, pero los artistas declararon que era la costumbre, porque la señorita Bliss bailaba siempre con el estrado y la concurrencia a oscuras. Salvo el único foco que seguía sus movimientos. Lo que pasó es que las derivaciones eléctricas del exterior se conectaron con el circuito de la casa. Y poco después de quedar a oscuras mi alcoba, aquellas horribles manos...

—¿Sucedió cuando Elvina estaba a mitad de su número?

—Aproximadamente. Porque fue cuando ella se quitó prendas. Le aseguro que la mayoría de mis invitados quedaron escandalizados, aunque claro, siempre hay hombres a quienes esta clase de arte, para llamarlo de algún modo, les encanta.

—O sea, que mientras Elvina verificaba su exhibición, alguien entraba en su alcoba, señora. ¿Quiere señalarme cuáles son las ventanas?

—La primera y segunda ventana de la esquina aquélla, en el segundo piso. Como puede ver, no hay árboles rozando la fachada. Dijeron que el ladrón entró por una ventana, pero siempre lo puse en duda.

Me aproximé hasta los parrales de la fachada. Palpé las cepas.

—Ningún hombre podría subir valiéndose de estas cepas, a menos que pesase muy poco. ¿Podría usted reconocer a Elvina Bliss?

—Llevaba un antifaz. Y nadie le vio la cara. Al parecer era su costumbre no descubrir el rostro.

—Me gustaría ver las ventanas desde arriba, señora.

—No hay inconveniente.

Subimos a la alcoba y abrí las ventanas, asomándome. Las cepas se retorcían hacia arriba. Habían crecido en los años transcurridos. No cabía duda que un hombrecillo de poco peso, podía haber escalado por allí.

A mi espalda, dijo Magda Acosta:

—Por lo menos, ya que anda usted buscando una quemadura, puede comprobar que yo no soy la mujer que usted ha de localizar.

Me volví. El gesto era distinguido, delicado. De todos modos, tampoco suponía yo que Magda Acosta pudiera ser Elvina Bliss. Sus rodillas eran muy lisas, sin la menor quemadura.

Respiré algo entrecortadamente, asegurando:

—Muchas gracias por todo, señora.

—No se merecen —me sonrió amablemente.

Y acompañándome hacia abajo, comentó:

—Su amiga Arlene le habrá dicho que estoy tramitando el divorcio, pero no es por egoísmo mío. Es mi marido el que quiere darme libertad.

—Muy generoso por su parte, señora. Buenas tardes.

Conduciendo, pensé que ella estaba informada de mis salidas con Arlene. Es decir, todo el mundo estaba enterado de mis pasos. Ya era hora que yo me enterase de lo que los demás habían hecho y estaban haciendo.

Aparqué ante un portal y subí las escaleras que una flecha indicaba conducían al Gimnasio Kleiner. En el rellano alto me encontré con un sujeto de pantalón blanco y camiseta sudada que sostenía un montón de toallas.

—¿Busca a alguien?

—A Chad Kleiner.

—No está aquí y no sé cuándo volverá. Si quiere esperar, aquí tiene una silla —y se alejó.

Tres melenudos atletas con *slip* estaban ejercitándose. Mutuamente se levantaban con cara de aburrimiento. Otro, arrodillado en el suelo, se empeñaba en apartar de su pecho una barra rematada en dos ruedas de hierro. Todos sudaban a fondo.

Pasó una media hora y yo ya sudaba de verles penar de aquel modo, cuando oí unos resonantes pasos haciendo crujir la escalera y los ciementos.

Lo primero que apareció fue el rostro barbudo de Chad Kleiner, después unas espaldas como la puerta de un establo y un pecho que era un barril. Vestía un traje azul que no había conocido la plancha en un año.

Sin mirarme fue hacia donde un atleta intentaba en vano alzar con dos manos una barra con dos ruedas como las de camiones.

Kleiner se inclinó con una mueca desdeñosa, cogió la barra con una mano, se la cargó al hombro y desapareció con ella a otra habitación. Como un oso llevando al hombro un junquillo. Regresó para inmovilizarse a dos pasos de mí.

—¿Para qué quiere verme? —Gruñó. Su voz parecía salir del fondo de un pozo.

—Busco a Elvina Bliss. Y creo que usted puede decirme dónde está.

—Elvina murió —dijo sin pestañear.

—Me han dicho que no. Me han asegurado que está muy viva.

—No tengo tiempo para discutir.

«Ni yo tampoco contigo», pensé, dando media vuelta, y ya pisaba el primer peldaño cuando la voz me detuvo:

—¡Usted! Venga.

Me volví lentamente, y Kleiner señaló lo que le servía de despacho.

—Podemos hablar allí.

Dentro, él cerró la puerta y me señaló una silla.

—¿Qué es lo que sabe usted de Elvina Bliss?

—Eso es precisamente lo que he venido yo a preguntarle.

—No me imite. Usted mueve la boca y yo abro las orejas.

—Usted conocía a Elvina de hace años, y es natural que siga tratándola.

—Hace años que se fue y no sé dónde. Cuando cumplí una condena, al salir miré a ver si daba con Elvina. Y me dijeron que había muerto.

Yo había oído un rumor, pero creí que era la respiración de Kleiner. Y de pronto, mi pierna izquierda me pesó horrores. Miré hacia abajo. Una cola escamosa se me había enroscado. Una pitón adultísima.

Sin la menor vergüenza, chillé primero y después supliqué:

—¡Llame a su maldito bicho! ¡Me va a reventar la pierna!

—No se preocupe, Bibi no está hambrienta.

—¡Sáquemela de encima, por el amor del cielo!

Se inclinó Kleiner y empezó a recoger anillos gruesos, susurrando cariñoso:

—Vamos, Bibi, vamos... Asustaste al señor.

Me quitó la cola del bicho como si se hubiera tratado de una

serpentina de goma. El bicho no parecía contento y le silbó al barbudo, que fue dilatando la abertura de sus brazos, hasta dejar caer al suelo el reptil, que se deslizó a un cuartucho del fondo.

Me pasé el dorso de la manga por la frente. Un poco más y me desmayo.

—¿Por qué busca a Elvina? —me preguntó Kleiner como si nada.

—Tengo que saber si sigue actuando con otro nombre. ¿Usted la vio muerta? ¿Rezó junto a su tumba?

—No soy mentiroso. Sé que está muerta y basta.

—¿Quién le envía dinero últimamente?

—Empieza a ponerse listo. Váyase. Pero dígame antes cómo se llama.

—Otto Müller. Ya vendré otro día a preguntarle. Y será mejor que no deje suelta a su Bibi, porque en una de estas bromas vuelve usted a presidio.

—¿Se enteró?

—Usted mismo dijo que cumplió una condena.

—Aquello fue una trampa. Yo no quiero saber nada de mujeres, vivo solo para mi fuerza. Tengo la fuerza de un toro.

—Nada de mujeres, ¿eh? ¿Ni siquiera le hizo la rosca a Elvina?

—Nunca. Elvina era muy buena. Cuando me encerraron ella cuidó de mis reptiles, mimándoles como bebés. Pero pronto murieron, de morriña, al faltarles yo. Elvina les cuidaba, pero ellos me querían a mí.

—No siga, o me echo a llorar.

Chad Kleiner se levantó, desplegando su par de metros.

—¿Se hace el gracioso ahora?

Me apresuré hacia la puerta, afirmando:

—No dije ni media, Kleiner.

Él siguió en su despacho, y un cuarto de hora después estaba yo en comisaría hablando con Lee Redford.

—Siempre pensé que el teniente Mac Donald murió en acción, junto a un arrozal, no sé por qué.

—Murió en Vietnam —me corrigió Redford—. Pero asesinado en Saigón, por algún matón del mercado negro.

—¿Tienes a mano la ficha de un tal Chad Kleiner?

Fuimos al local de ficheros y contemplé la cartulina del barbudo. Acusado de intentos contra una menor. Y el testigo de cargo era

Monty Conradine.

—Kleiner afirma que fue una trampa.

—Todos dicen lo mismo.

Conduje hacia el gimnasio de Kleiner, dispuesto a hablarle de Monty. Aparqué en una calle lateral, porque delante del gimnasio estaba el «Simca» azul propiedad de Falk.

Y más allá, en un «Nash» verde, sentado al volante, Larry Brisson acechaba el «Simca» y la salida del gimnasio. No me convenía asomarme aún.

Fui al Bronzino a tomarme un buen café cargado de coñac y me dirigí a mi local, por si había novedades. Las había.

Ante la caja del ascensor, el viejo Elmer charlaba con alguien. Viéndome, los ojos del vejete expresaron disgusto. Y me sorprendió.

—Lléveme arriba, Elmer.

—Cerrado. Nadie sube, salvo inquilinos —y me hablaba como a un forastero.

—¿Qué le pasa esta noche, Elmer? Otras veces he venido más tarde.

El que había estado charlando con Elmer apareció en el escaso círculo de luz amarilla. Era macizo, con bigote negro cortando las gruesas facciones. De frente estrecha y grasoso el negro cabello. Nunca lo había visto antes, pero los inquilinos cambiaban con frecuencia en mi local.

—Ya oíste al hombre, Elmer —dijo—. El hombre quiere subir. Que Suba, Elmer.

Los tres nos metimos en la jaula. Presionó Elmer la palanca y en el cuarto piso paró, abriendo la reja. Me miró, diciéndome:

—Cuarto piso.

—¿Qué le pasa, Elmer? Sabe de sobras que estoy en el sexto.

Elmer rodó los ojos hacia el otro pasajero, que decía:

—Con que éste es Logan, ¿eh?

Le miré. Mejor dicho, miré el negro ojo de un «Colt» del nueve corto, enfocándome.

Y Elmer susurró:

—Intenté avisarle, señor Logan. Él tiene arriba dos amigos esperando. Matones.

—Trágate la lengua, carcamal —dijo el desconocido, y le dio, hablando, un culatazo a Elmer, que se arrugó como un calcetín

vacío por el suelo.

Me incliné para recogerlo y lo llevé al pasillo. Respiraba aún.

—Bueno, vuelva a la jaula —me ordenó con el «Colt» calibre nueve.

Obedecí, y ya dentro, esperé.

—¿Sabe cómo manejar este cacharro?

—Ni idea.

—Tanto me da pegarle un tiro aquí dentro o allá afuera, Logan.

Preferí presionar la palanca y en el sexto piso abrí la reja. Con el «Colt» me empujó en los riñones. No había luz dentro de mi despacho, pero la puerta estaba abierta y apenas entré, estalló la luz. Me detuve.

—Adelante, Logan —y esta vez me empujó con el «Colt» en la espina dorsal.

Avancé. Sentado tras mi despacho y bebiéndose mi licor, un *whisky* que estaba yo reservando hacía un mes, había un individuo de anchas espaldas, que podía haber sido el hermano del que me estaba apuntando.

El tercer elemento repelente estaba junto a la ventana, en pie. Corto de talla, pero cuadrado.

—Nos has tenido demasiado tiempo esperándote, Logan —me anunció el que se había soplado mi *whisky*—. Llevamos horas aquí.

—Y no nos gusta esperar tanto —gangué el del «Colt».

La cosa estaba clara. No había aceptado la oferta de Monty Conradine y ahora las iba a pasar mal. Tanteé el terreno por si caso:

—¿Os alquiló Conradine para esta faena, muchachos?

El sentado exclamó:

—¡Fergus! Ciérrale la boca a ese carota.

El de la ventana avanzó, enfundándose manillas de hierro. Retrocedí, pero en mi espalda presionó el «Colt». Y Fergus me asestó un revés a la mejilla. Me pareció que el hierro daba de lleno en mis muelas.

—Dale otra vez, Fergus —ordenó el que se soplaba mi *whisky*.

Fergus asestó otro revés, pero ahora me incliné, le abracé por el talle y nos pusimos a rodar por el suelo. A cada vuelta le hacía chocar la calva contra éste y así llegamos hasta el perchero, donde me levanté a la vez que le daba un buen puntapié bajo el estómago.

Agarré el perchero con ambas manos como si fuera un palo de

pelota base y embestí hacia el que se soplabla mi *whisky*. Que se agachó, pero tarde.

Un cuerno del perchero le desgarró la camisa y parte del cuello. Aulló:

—¡Cogedme a ese bestia!

Yo seguí el impulso del perchero, acabando de describir el círculo y pillé al del bigote con el revólver en alto. Un cuerno le empitonó la manga.

Tiré, y chilló soltando el arma, la cual empujé con el pie deslizándola bajo el armario de fichas.

Fergus, a medias recobrado, quería embestir, pero le dolía el estómago, y se quedó de rodillas. Di un paso atrás para asestarle un percherazo por si acaso, y en aquel mismo momento el del cabello grasoso me saltó al lomo, envolviéndome el cuello con el antebrazo.

Traté de desmontarlo, pero pesaba y sabía lo que se hacía al doblarme hacia atrás. Fergus se abalanzó para abrazarme las piernas.

El del «Colt» y yo fuimos a chocar contra la pared. Pude zafarme a cambio de recibir un toque en las costillas, contra un buen directo a la boca. El otro escupió sangre. Recibí un trompazo en la nuca.

La habitación se movió y besé el suelo. Los tres matones me cayeron encima; pegaban por tumos alternos. Los perdí de vista.

Cuando volví a disfrutar de la visión, yo era el marino en lo alto de un palo en pleno tifón. Después, una masa de harina a la que habían dejado de amasar tres panaderos furiosos.

Por último me sentí izado, cogido bajo los sobacos y arrastrado al ascensor. Pasaron días nublados mientras bajaba el ascensor. Una semana después, entre resplandores súbitos, salíamos a la calle.

Y ya cerca de un coche negro, Fergus decía a un curioso transeúnte:

—Se puso enfermo. Lo llevamos al hospital.

Me colocaron en el asiento de atrás y apenas el coche se puso en marcha me encontré en la alfombrilla, con un tacón de zapato sobre mi espina.

Poco a poco mi valoración del tiempo se hizo normal.

—¿Dónde lo quemamos? —preguntaba Fergus.

—Te lo diré cuando lleguemos —respondía el que se había bebido mi *whisky*.

Mi oreja derecha estaba contra la alfombrilla. Pero no tenía la menor idea de dónde íbamos. Fue un viaje muy largo. El coche cesó de moverse, en un paraje que olía a salobre.

Alguien abrió desde fuera las portezuelas. Podía oír murmullos, como de médicos en consulta cerca del lecho del agonizante. Conseguí sentarme.

Fergus asomó la cabeza:

—Abajo. Fin del viaje, Logan.

Conseguí bajar. Mis rodillas se doblaban como salchichas y me noté todo entumecido. Estábamos en un solar arenoso. Las luces de la ciudad se veían lejos en el horizonte estrellado.

Me dejaron rondar un poco hasta que llegué a una empalizada de madera, llenos los zapatos de arena. Me agarré a un poste y pude volverme, quedando en pie.

Pregunté, enojado:

—¿A qué estamos esperando?

El que se había bebido mi *whisky* estaba frente a mí, arremangándose. Su rostro expresaba refocilación.

—Tuviste ocasión de irte de la ciudad, Logan. Debiste aprovecharla.

Intenté escupirle, pero la saliva me resbaló por la barbilla. Y gruñó:

—Nada de rebeldías, Logan. Vamos a convencerte. Ven aquí, Fergus. Es tuyo.

Fergus, con sus manillas de hierro, avanzó por un costado. Por el otro, acudía el del bigote. Y en frente, el del *whisky*.

Minutos después yo había soltado el poste y tendido en la arena, veía un ciclo en el que las estrellas tenían una gran variedad de colores.

—Escúchame bien, Logan. Es tu última oportunidad... Te irás de la ciudad, Logan. Hay gente que no te quiere por allá.

—O sea que medita con sentido común y te vas.

—Vámonos —decía el del *whisky*.

Fergus se lamentó:

—¿No íbamos a quemarlo?

—No fuimos pagados para eso, Fergus.

—¿Hemos venido hasta aquí para nada? —volvió a lamentarse Fergus.

—Hemos hecho el trabajo por el que se nos pagó —y los otros dos se fueron.

Fergus comentó, siguiéndoles:

—Hiciste bien en avisarme, porque pude cargármelo, y luego, ¿quién me hubiera pagado?

El coche se fue por el camino junto a la empalizada.

Y entonces, ya seguro de que mis tres amigos no volvían, la naturaleza dominó y del K.O., pasé al caos completo.

CAPÍTULO VII

No supe la hora que era cuando reviví, porque mi reloj estaba convertido en papilla. No estuve mucho tiempo en el Limbo, porque las estrellas no habían variado mucho de posición. Ahora eran todas ellas blancas.

La vida iba volviendo a mis diversos órganos. Me quité los zapatos, sacudí la arena, y traté de arreglarme un poco la ropa. Me habían dejado la cartera intacta.

Empecé la caminata hacia las luces. Por suerte, a la hora escasa, llegué a un barracón que era estación de autocares. En los lavabos me limpié la sangre. Y fuera, llamé a un taxi que pasaba, procurando que el chófer no me viera la cara.

Rodando hacía mi domicilio, comprobé que el reloj del cuadrante marcaba dieciséis minutos más de la medianoche. En mi piso, estuve por lo menos un cuarto de hora bajo la lucha. Agua caliente y me froté en masaje prolongado hasta que mi piel se puso de cangrejo cocido.

Después, repartí iodina y alcohol en los sitios más afectados. Terminé con algunas tiras de esparadrapo y ya en pijama, entre las sábanas, me acordé de Elmer. Marqué los números de conserjería de mi local.

A la séptima llamada me contestó la voz de Elmer, débil como la de un gato escaldado.

—... Walt Logan, viejo. ¿Está bien?

—Tardé en poder pensar normalmente. Y ya estaba a punto de llamar a la policía. Mi cabeza sigue repicando y estaba tendido.

—No llame a la policía, porque no me ayudarían en nada. Avisaré a un doctor amigo mío al que no le importa hacer visitas nocturnas. Le curará el cráneo. Vaya a su casa y espere al doctor por mi cuenta, Elmer.

—¿Qué diré a la gerencia?

—Dígales que resbaló en un peldaño húmedo. Yo como testigo.

Llamé al doctor que me debía favores, dándole la dirección de Elmer. Fumé un pitillo. Y ya descansado, pasé a la cocina y sobre la mesa coloqué una aceitera, una varilla y unas hilas de estopa.

Recogí en el armario la funda sobaquera, colgándola del respaldo de la silla. Después saqué mi «Colt» nueve largo y empecé a limpiarlo y engrasarlo.

En mi estado de ánimo, aquel pistolón me parecía un canuto de azúcar. De haber sido enfundable bajo el sobaco, a partir de aquel momento hubiese circulado con un bazooka.

Me pasé el resto del día en cama. Cuando desperté, me sentía bastante mejor. Me tenía sin cuidado la cena a la que no asistí. Pensaba en Monty Conradine con frecuencia. Ya tarde, abandoné la cama, sintiéndome casi en forma.

Después de comer algo, estaba suavizando el cuero de las tiras de mi funda pistolera, cuando mis orejas, ultrasensibles, captaron un leve roce en mi puerta.

Pies desnudos, me aproximé. El roce se hizo un toque de nudillos. Esperé.

Hubo algo arañando, como alguien intentando meter una llave. Abrí la puerta y Arlene, en el umbral, respingó.

—Adelante. Estás en tu casa.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Qué te hicieron, cariño?

No estaba yo para caricias, pero sus besos no me hacían daño. Su cuerpo temblaba y susurró:

—Sabía que te había pasado algo. Una mujer intuye. No habrías faltado a mi cita. A menos que hubieses decidido irte de la ciudad.

La separé un poco.

—No veo por qué se te ocurrió que podía irme de la ciudad.

—Pues, no sé. Puede que lo oyera comentar.

—¿A Monty?

—Oh, no. Yo qué sé. Puede que fuese a Telma, o Neil. Estás muy extraño, Walt. De nada haces una montaña.

—Es que anoche pasé malos ratos y estoy todo quisquilloso.

Volví a tenderme y en la cocina, la cafetera emitió su silbido. Pasó ella a recogerla y escanciar en dos tazas. Bebimos. Vio el revólver y dilató los ojos:

—¿Para qué tienes esta arma tan a mano, Walt?

—Porque ya he dejado de ser un hombre de paz. Me he hartado de que me empujen. Tengo una licencia que dice que puedo emplear trastos que garanticen mi protección personal.

—¿Te encuentras en un apuro, Walt? No me has contado nada.

—No te preocupes. De ahora en adelante soy como una bomba de mano con la horquilla suelta entre mis dientes. Quien se me interponga en el camino con malas intenciones, va listo. Sea quien sea, incluyendo Evas.

—Oh, Walt, ¿quién te ha maltratado así? Me duele verte tan furioso.

Sus pestañas me humedecieron las mejillas. Pero me han dicho que cualquier actriz sabe llorar cuando se tuerce. Como un hombre se rasca.

—Bueno, no me hagas caso, pequeña. Soy sólo un saco de los que reciben palizas, que protesta, pero ya volveré a ser el mismo de siempre.

—¿Qué pasó, Walt? ¿Quién te maltrató?

—Fueron tres tipos. Un trío pagado. Y el pagador creo que fue Monty.

—¿Monty Conradine? Pero ¿por qué?

—No lo sé. Dímelo tú, preciosa.

—Te juro que no sé nada. ¿Dónde tienes el licor? Beberemos una copita, acabaremos de aclarar todo esto y me iré, porque ya es tarde.

—Busca por la cocina. Mi copa hazla doble.

Mientras estaba en la cocina, me senté al borde de la cama, calzándome las pantuflas. Regresó ella con dos altos vasos, con *scotch* y cubitos de hielo.

Bebimos con mudo brindis, y dije después:

—Espero que mi ausencia no estropeó la cena.

—Neil te echó de menos. Telma, pues...

—No lloró mi ausencia, ¿verdad?

—Realmente, yo no conozco bien a esa gente. Telma y Joan no me aprecian. Aunque no fuese la hermana de Neil, ellas seguirían odiándome, porque son de la clase de mujeres que creen que a los hombres no hay que darles amor, sino a cuentagotas, y además reformarlos. Me consideran una especie de mezcla entre Mesalina y una vagabunda. Pero anoche pasó algo curioso. De costumbre,

Telma y Joan fingen quererse. En cambio, anoche, parecían a punto de morderse.

—Entonces, hay discordia, ¿eh? ¿Joan estaba hoy en casa?

—No.

—¿Vive en Santa Mónica?

—¿Y esto cómo lo sabes tú?

—Recuerda que, aunque por ahora no lo parezco, soy detective.

—De vez en cuando, Joan pasa la noche en casa, porque Telma la tiene bastante esclavizada. Pero no se pueden ver.

—A lo mejor una tiene en su poder un secreto de la otra —sugerí.

—En este caso, debe ser Telma la que conoce el secreto de Joan.

—¿Qué sabes del pasado de Joan Tyler?

—Estaba con Telma en Florida. Y desde que Telma abrió su establecimiento aquí, estuvo Joan con ella. Pero no es californiana. La verdad es que Joan lleva todo el negocio. Telma es miope, y sin gafas no lee ni los titulares de carteles. Es Joan la que le lee las cartas.

—Pero Telma puede conducir un coche.

—Conducir, nadar y jugar al tenis. Es fuerte, y el doctor dice que la miopía le proviene de un deslumbramiento de nieve. Telma proclama que sus ojos se estropearon en una tormenta de nieve cuando era pequeña, allá por Dakota.

—Volviendo a Joan, me mandó una nota diciéndome que fuera a verla privadamente porque tenía que contarme algo. Iré mañana.

—Y yo me voy ahora. Tengo prisa, Walt. De veras.

Me besó a fondo y se fue. Descansé un buen rato, hasta que el teléfono me despertó. El comodoro Falk me chilló en la oreja:

—¡Ya la he localizado, Logan...! ¿Me oye? La he encontrado.

—Estupendo. ¿Cómo dio con ella?

—No importa cómo. Es largo de explicar... Venga enseguida, porque tenemos que actuar de prisa. Puede ella escaparse si no nos movemos pronto.

—¿Dónde está usted?

—En casa, ¡imbécil...! Tiene que venir ahora mismo. ¡Enseguida!

La voz le sonaba ahora a pánico puro.

—Oiga, ¿qué le pasa? ¿Está ella con usted?

Desconectó. Y me vestí, asegurándome la funda sobaquera, antes de abrocharme la chaqueta.

Fui en taxi a recoger mí «Ford». Pero ya tras el volante, vino la reacción. Los efectos de una buena paliza no son sólo las marcas y dolores. Luego aparecen las molestias en los sistemas nervioso, muscular y digestivo.

Cuando mí «Ford» se acercaba a la avenida Flamingo, empecé a tener el presentimiento de que algo no funcionaba bien en la situación que se avecinaba. Me seguía sonando a chillido de pánico la orden del comodoro.

Aparqué en un callejón, más allá del domicilio de Falk. Y doblando la esquina, noté que la bombilla del farol estaba rota. Podían ser gamberrillos de la vecindad, pero el resultado es que había poca luz.

Soslayé la acera, acercándome a la casa de Falk por un lado, hasta dar con una brecha en el seto que flanqueaba el césped. Avancé por él. La casa de Falk estaba bien iluminada. La puerta, entornada.

Entré, inspeccionando el vestíbulo con mala intención. Nada alarmante. Me deslicé hacia el salón donde Falk me había recibido en mi primera visita. Aquello era un desastre. Cristales por el suelo, papeles esparcidos, cajones volcados y cuadros tirados. Un huracán no lo habría dejado peor.

Y en la alfombra se encogía el comodoro Falk, bañándose en su sangre. Avancé hacia él.

Las luces se apagaron y algo me estalló en el cráneo. Besé la alfombra. Intenté apartarme y un segundo trompazo me mantuvo quieto. El medio minuto que pasé *groggy* lo aprovechó mi alevoso atacante para quitarme el arma.

Cuya culata golpeó un cráneo que no era el mío sino el del difunto.

Mi revólver quedó en mi diestra, a la fuerza. Con salvaje ilusión apreté el gatillo. Pero habían puesto el seguro doble.

Me lo quitaron de nuevo, me dieron un toque en la coronilla y pasé al Limbo. Puede que estuviera por allá unos cinco minutos. Me arrastré hasta poder levantarme, apoyado en una pared y encender la luz.

Miré, pero ya sabía lo que iba a ver. Después de muerto, le

habían machacado a Falk el cráneo con mi revólver. Que se habían llevado con mis huellas.

Me incliné sobre el pobre comodoro. Tenía las muñecas unidas a la espalda, con cinta adhesiva. Y, en el pecho, huellas de quemaduras de cigarrillo. No me quedaba más remedio que salir pitando. Y es lo que hice.

En mi piso, envolví mi ensangrentada chaqueta en un periódico, con la idea de hacer desaparecer apenas pudiese. De momento, mi cabeza era de nuevo un tambor, y sólo pude tenderme boca abajo en la cama y hundirme en un fatigoso oleaje de pesadillas.

A las siete de la mañana, me inundé de café, y acababa de vestirme cuando llamaron a mi puerta. Imperativamente. Fui a abrir. Allí estaba el teniente Kelvin, con mueca feliz, como la de un sapo viendo la mosca imprudente.

—Bien, bien, Logan. No me diga cómo he entrado, porque aquí estoy, que es lo que importa. Y ya sabe a qué vengo. Esta vez sí que ha resbalado.

—Ni idea de lo que me habla.

Sus ojillos porcinos escrutaban mis abolladuras.

—Vaya paliza, muchacho. Cumpla con su deber y denuncie.

—Cumpla con el suyo y desembuche.

—¿Tiene un cliente llamado Falk?

—Orlando Falk.

—Ese mismo. ¿Qué hizo usted anoche, Logan?

—Me quedé en cama, hecho papilla.

—¿De veras? ¿No salió para nada?

—No.

Masticando su apagado puro, Kelvin dio una vuelta por la habitación.

—¿Qué clase de trabajo hacía para Falk?

—Es asunto privado.

—Nada es privado para la policía, Logan.

—Entonces, vaya y pregúnteselo a Falk.

—Le consta que no puedo. ¡Maldita sea, Logan! Le tengo en un callejón sin salida. Y quiero que me conteste correctamente.

—Por eso le remito a mi cliente Falk.

—Falk está muerto. Y ahora no me diga que no lo sabía.

—Pues eso es lo que tengo que decirle. No lo sabía.

—No se ponga tonto conmigo, Logan. Porque esta vez le he cazado —y entró en mi alcoba, cogiendo de encima la mesita el envoltorio que contenía mi chaqueta ensangrentada—. ¿Esto qué es?

—Ropa sucia para la lavandería —dije en tono muy normal.

Lo volvió a dejar, pidiendo:

—Deme una de sus pijoosas tarjetas, Logan.

Era cuestión de no llevarle la contraria. Cogí mi billetero y le tendí una tarjeta. La miró y dijo:

—Exactamente otra igual a esta encontramos encima del cadáver de Falk.

—Entonces, ¿es verdad que Falk murió?

—No se haga el palomino ahora, Logan. Como tampoco lo ignora, estoy en Homicidios. Falk ha sido asesinado y nosotros vamos a ir a mi despacho a charlar un poco. Procure que su historieta sea breve y buena. Llevo mucho tiempo esperando una ocasión como ésta, Logan.

Me tuvieron tres horas sudando. Horas triplicadas cuando uno está sentado en medio de un círculo de seis polizontes preguntando incansables.

De momento no tenían mí «Colt», porque de haberlo tenido me lo habrían pasado por las narices. Pero yo carecía de coartada.

Kelvin intervino de pronto:

—Falk tenía dinero, porque su casa estaba bien puesta. ¿Cuánto dinero le pagó?

—La tarifa habitual.

—¿Y dice usted que él buscaba a una dama?

—Digo que él me preguntó si yo creía que podría encontrar cierta mujer. Cuando estudié el caso le dije que no podría.

—¿Cómo es que no mencionó el nombre de esta supuesta dama?

—Aunque lo mencionase, sería un secreto entre un detective y su cliente.

—Ya nada es secreto, puesto que su cliente ha sido asesinado.

Alcé los hombros y un policía insinuó:

—La que limpiaba la casa, nos avisó. Puede que interrogándola más a fondo, ella nos diga algo que valga la pena.

Me soltaron. Por orden del propio Kelvin. No porque me creyeran limpio de culpa, sino por aquello del refrán: «Dale cuerda

y se ahorcará».

CAPÍTULO VIII

Por la calle tuve la convicción de que Kelvin me había colocado una «sombra» hábil. No fui a mi despacho, sino al restaurante, y Matt Bronzino acudió:

—¡Por fin!

La hermosa muchacha lleva casi una hora esperándole.

—¿Quién?

Pero no necesité respuesta, porque la vi a ella. Sola en un reservado a la izquierda. Me senté a su lado, y me dijo Arlene:

—Anoche de veras tenía prisa, Walt, o me habría quedado un poco más.

—No importa, porque tuve que salir a un asunto.

—¿Tan tarde?

—Nunca es tarde para hacerse matar. Que fue lo que le ocurrió a mi cliente. Un hombre llamado Falk. Poca cosa, pero tenía derecho a vivir. Acabo de salir de la comisaría. Han aceptado mis respuestas, pero no se conforman. Uno de la comisaría estará ahora en el bar, y después anotará que vine aquí a sentarme a tu lado.

—Te esperé en tu despacho media hora. Dijiste que podía ir, cuando me diste las llaves.

—¿Qué tiempo hace que conoces a Monty Conradine?

—Hará cosa de tres años. Desde que Neil hizo el viaje a Florida y se casó con Telma, volviendo con ella y Joan.

—¿Es amigo tuyo?

—No. Él fue quien ayudó a Telma en el negocio de modas. Puso algún dinero, pero principalmente aportó amigos suyos figurinistas, que eran diseñadores de categoría en Miami.

—¿De dónde sacó Monty el dinero?

—No sé. ¿Por qué?

—Corazonadas. Escucha, nena, mi coche está aparcado ante mi domicilio. Y tengo que hacer algunas visitas sin que la policía me

pise las ruedas. ¿Puedes traer tu coche?

—En diez minutos.

—Estupendo. Voy a cronometrar. Lo conduces dando la vuelta a esta misma manzana y esperándome en la calle de atrás. Yo iré a los lavabos, porque supongo que el policía que me acecha no sabrá que hay otra salida que atraviesa por la cocina y llega a la calle de atrás. Allí estaré, dentro de doce minutos a partir de ahora.

Sonrió ella con mueca de conspiradora. Esperé diez minutos, como un ocioso, fatigado. Y fui al Caballero, pero segundos después ya estaba en la calle.

Arlene conducía bien. Había puesto la radio, que hablaba de política, de sucesos y del asunto Falk. La policía había encontrado el arma del crimen, escondida en una maceta.

Un «Colt» del nueve largo, que estaba en el laboratorio para sacar toda huella posible. Me estremecí, pero cerrando la radio, dije en tono banal:

—Se refieren al cliente ese que te expliqué.

—¿De quién crees que es el revólver?

—Podría ser el mío. Lo perdí anoche...

—¡Oh, Walt...! Anoche precisamente vi tu revólver...

—No hablemos más de eso. Espero que el del bar no te reconociera. Ahora me dejas junto a mi cacharro y si hay novedades ya las sabrás.

Nos separamos fríamente. Me fui a comer fuera del centro. Y después al garaje en que trabajaba Larry Brisson. Estaba comprobando un motor y frotándose las manos, acudió diciendo:

—Acabo de leer la Prensa. Muerto Falk, todo se ha ido al cuerno.

—Puede que no. ¿Dónde estabas ayer? Yo pensé que le acechabas.

—Sí, pero no toda la noche. Tengo que dormir, ¿sabes?

—Si no te hubieras ido a la cama, ahora quizá Falk estuviera vivo.

Mirándome, pareció alegrarse.

—¿Quién te puso la cara así, Walt?

—Te lo contaré otro día. Ahora tenemos trabajo. Vete a decirle a tu otro patrón que nos vamos de paseo.

—De acuerdo. Y ahora, dime... ¿Qué tal se siente uno después de recibir una paliza? Yo ya lo sé. Te tocaba saberlo a ti también.

Se fue y cinco minutos después vino a sentarse a mi lado. Yendo hacia el sur, me preguntó:

—¿Quién crees que liquidó a Falk?

—El buscaba a una dama, con la que actuó en tablados. Se llamaba Elvina Bliss.

—Eso no me lo dijiste.

—Pero ya lo sabías.

—Tenía una idea de que buscaba a alguien del tablado, pero sin saber de quién se trataba.

—¿No sabías que era a Elvina?

—No.

—Ya... Lo curioso es que Falk me telefoneó segundos antes de irse al otro mundo. Gritaba que ya había encontrado a Elvina Bliss.

—¿Y crees que era verdad?

—Sí, pero como recompensa lo mataron. Inútilmente, claro.

—¿Qué quieres decir con «inútilmente»?

—Porque hay algo que no te he contado. Falk me tuvo atareado con una lista de mujeres que me dio. De la lista una podía ser Elvina. Y no comprendo por qué lo mataron. Él no podía dar con Elvina. A menos que ella viniese a verle. Y ella no pudo hacerlo, porque sigue siendo una desconocida.

Mantuvimos un silencio. Al tomar el viraje, me preguntó Brisson:

—¿Adónde vamos?

—Tengo que ver a un tal Conradine. Es importante.

—Nunca le oí mencionar.

—Esta trola no la trago, Larry. Dime otra cosa, pero sin mentir: ¿qué hacía Falk visitando a Kleiner?

—¿Cuándo?

—Deja ya de mentirme. Te vi aparcando cuando el comodoro visitó a Kleiner.

—Ya que insistes... Alguien debió decirle a Falk que valía la pena que hablase con Kleiner, o pensó que era preciso arriesgarse. No lo sé. El caso es que sostuvieron una larga charla. Cuando se fue Falk, pensé que sería mejor espiar lo que haría Kleiner y acerté. Diez minutos después, en mangas de camisa, Kleiner saltó al volante de su cacharro y le seguí. Me hizo devorar millas sin parar y regresó por esta misma calle. Subió al gimnasio y bajó al poco con un

maletín. Esta vez se había puesto una chaqueta oscura. Volví a seguirle y le perdí la pista.

—¿Qué hiciste entonces?

—Lo consideraré el final de mi jornada de trabajo y fui a casa.

—Eso no tiene el menor sentido.

—Es lo que pienso yo también.

—¿Has visto hoy a Kleiner?

—No.

—Podría ser una buena idea tratar de seguirle.

—Creo que vas despistado, Walt. La clave de todo esto es Elvina Bliss y no Kleiner. ¿Era un farol cuando dijiste que estabas localizando a Elvina?

Erguí las orejas:

—Dije que tenía una lista, pero me huelo que hasta en esto me llevas ventaja, Larry.

—Caray, hombre, si fueses casado volverías loca a tu costilla. Mira que eres desconfiado. Te he dicho todo lo que sé.

Paré más allá del número que me interesaba, penetrando por una calle lateral.

Recogí las llaves y bajé, diciendo:

—No tardo. Espérame.

—Somos socios, ¿no? Aquí te espero.

El estudio fotográfico de Monty Conradine tenía una antesala, más allá un gran patio y al fondo un *bungalow*. En la antesala había una morena muy linda que surgió apartando una cortina lateral.

—Hola. Vengo a ver a Monty.

—¿Monty?

—Monty Conradine, su patrón. Me espera.

—Voy a ver si puede recibirle. ¿Su nombre, por favor?

—Chad. Dígame que acabo de enterarme de quién me enredó enviándome a San Quintín.

La morenita respingó y se fue por el largo patio. Examiné las fotos de las paredes. Verdaderas *gogo-girls*.

Monty vino solo. Tenía cara de cansancio, ojos enrojecidos y pánico empapándole hasta la camiseta.

Al reconocerme, pareció aliviado:

—O sea, que es usted. Por un momento creí que de verdad estaba aquí Chad. La broma es necia.

—Pues la broma que me gastó usted anteanoche fue de alivio, compadre.

—Se la buscó, Logan. ¿Se enteró de lo referente a Chad Kleiner?

—De todo. Y podemos hacer un trato. Fíjese que no he venido a romperle el rostro ni el talle, sino a tratar de olvidar lo que me pasó por encima anteanoche. Quiero conocer a Elvina Bliss.

—¿Qué ofrece a cambio?

—No creo que a Kleiner le gustase saber que usted le engañó. Supongamos que se entere.

—Escuche, si intenta un chantaje, no dispongo más que de unos miles.

—Lo que quiero es conocer a Elvina Bliss y no me engañe como a Kleiner diciéndome que ha muerto: ya sé que a ella le saca dinero. Y ya sé por qué recibí la gran paliza. Dígame quién es Elvina ahora.

—No lo haré hasta que por escrito no esté protegido contra Kleiner. Quiero que me entregue todas las pruebas. Yo traeré a Elvina aquí, esta noche.

—De acuerdo. Y ahora, ¿quién pagará por el comodoro Falk?

—¿Qué quiere ahora? Yo pensaba que usted y él trabajaban juntos. ¿Cuánto quiere?

—No lo había pensado. Lo suficiente para enterrarlo.

—¿Qué dice? ¿De qué entierro habla?

—Falk está muerto. No me diga que no estaba enterado. Por lo visto me toma usted por más idiota de lo que soy.

—Pero yo no sabía... No creí que ella le... ¿Cuándo fue?

—Anoche. Y acertó. Lo asesinaron.

Conradine recobró el dominio:

—Lo que sé es que no tengo nada que ver con ello, ni me interesa sacar de apuros a otro.

—Eso ya me lo supuse.

Hice como que me iba. Conradine estaba muy a tiro. Aproveché la media vuelta como impulso para una vuelta completa. Con el puño hacia delante.

De lleno chocaron mis nudillos en su boca. Conradine cayó sentado, escupió sangre mezclada con trocitos de diente.

—Bueno, Monty. Hasta las diez de esta noche, ¿eh, muchacho?

Los insultos que me dedicaba eran tartajosos y de hombre *groggy*. En el cenicero de mí «Ford» había una nota:

«Logan: Me encuentro mal. No puedo esperarte.
Estaré en casa.

»Larry».

Conduje hacía mi domicilio con la idea de que ya podía cuidarme de hacer desaparecer la chaqueta manchada de sangre. Frené dando marcha atrás y tomando otro rumbo, porque ante mi portal había un coche de la policía.

Pasé a un teléfono, marcando los números de gerencia y pidiendo por Joyce Brady, la venus del mostrador.

—Joyce... Habla Walt Logan... Respóndame con calma sin mencionarme. ¿Quiere echarme una mano?

—Naturalmente que sí. ¿Qué puedo hacer?

—Presumo que hay polizontes en mi despacho... ¿Ha visto subir alguno?

—Al teniente Kelvin. Me habló diciendo cosas horribles de usted. Pero lo que dijo no puedo creerlo, ¿verdad que no?

—¡Claro que no, muchacha! Nada tengo que reprocharme.

—Le creo. Pero no venga por aquí. Dijo Kelvin que usted mató anoche a un hombre y que debe haber enloquecido porque han encontrado una mujer golpeada brutalmente en su departamento y parece también que fue usted. De veras que tengo miedo. ¿Dónde está ahora?

—En esta misma calle, a la izquierda, saliendo, unas pocas puertas. La tabaquería.

—Espéreme —y colgó muy decidida.

Me quedé pensando en quién podía ser la mujer a la que, según las apariencias, yo había golpeado brutalmente. Quien me había preparado la trampa, la había construido de ésas con grapas de hierro.

Dos puertas más allá de la tabaquería, entré con Joyce en un salón de *cocktail*, adquiriendo, con dos combinados, el derecho al uso de un reservado.

—Walt, sé que usted no ha matado a nadie. Pero a propósito de esta mujer que dice Kelvin que usted golpeó y que se llama Tyler...

—Joan Tyler —completé, pensando en la secretaria.

—Entonces, ¿la conoce?

—Desde hace una semana. ¿Qué cuenta Kelvin?

—Dice que la policía de Santa Mónica la encontró medio muerta en su departamento. Dice que ella había escrito su nombre en una hoja. Y que usted apenas salió esta mañana de comisaría, fue visto con una mujer. Cree que se trataba de la Tyler. ¿Era ella?

—No. Pero eso demuestra lo rápido que se sacan conclusiones.

—Y Kelvin dijo que no saliera con usted, porque me exponía... Quiero ayudarle, Walt.

—De veras que me agrada su buena intención, Joyce, pero no sabe en qué berenjenal puede mezclarse. Vivo en un mundo distinto al suyo.

—De todos modos, ya que está usted en un aprieto, puedo serle útil. No debe volver a su despacho ni a su piso. Y he pensado que necesita un sitio seguro. Mi casa.

Le cogí la diestra, con sincero afecto.

—Muchacha, es usted un ángel. Yo creo que en veinticuatro horas podré resolver mis papeletas, si Kelvin me deja en paz. No me dejará, pero tampoco puedo aceptar su llave, porque sería complicarle la existencia.

—No me complica —y me dio una llave, indicándome su dirección—. Mi padre lleva un mes trabajando en San Francisco. Mi hermano está en Pasadena, cuidándose de varios casos. No regresa a casa hasta las dos o tres de la madrugada. Allí estará usted seguro.

—No puedo aceptar, porque sería una canallada mezclarla en mis líos.

—Estoy dispuesta a afrontar todas las consecuencias.

—¿Por qué, Joyce?

—Porque usted siempre me ha tratado de una manera distinta a los demás.

—¿Cómo es eso? —pregunté, perplejo.

—Usted siempre ha sido cortés y respetuoso conmigo, Walt. Y esto se lo agradezco mucho.

Ya no me resistí más y me quedé con la llave. Pero le hice prometer, pese a sus primeras negativas, que si nos pillaban juntos, ella alegaría que yo me impuse por la fuerza, allanando su domicilio.

Se marchó, y pensé que ya no podía emplear mí «Ford». Porque Kelvin ya lo habría descrito, así como mi persona, a todos los

patrulleros.

Tomé un taxi. No me quedaba más remedio que ser un «fuera de la ley», durante algunas horas.

CAPÍTULO IX

El domicilio de Joyce Brady era hogareño en su nítida modestia. Fotos de la familia, foto ampliada del hermano médico y una de Joyce con vestido de noche.

En la alcoba masculina, registré cajones, hasta tropezar con una «Browning» de pequeño calibre. No encontré cartuchos y el cañón, visto al trasluz, era como una herradura abandonada a la intemperie durante varios inviernos.

Pero a los efectos era un revólver, aunque no tuviera munición. Había una estantería con una serie de inyectables y tónicos nerviosos. La especialidad del hermano de Joyce eran los casos mentales.

Una de las cajitas contenía pentotal sódico, la droga de la verdad. Pasé al *living* y encajándome en el sillón cabeceé a gusto. Me despertó Joyce.

Traía una bolsa de provisiones y un sobre voluminoso.

—Elmer me entregó la correspondencia que vino en el segundo reparto, Walt. El teniente Kelvin se ha ido hace poco. Dice Elmer que vino un hombre preguntando por usted. El rubio nervioso de ojos desvaídos.

—Larry Brisson.

—He traído también la Prensa —y dejándola pasó a la cocina.

La Prensa tenía pasto. En el asunto Falk, la policía ya sabía quién era el dueño del revólver. Yo.

En el asunto de la secretaria Joan Tyler, se descartaba el robo. La policía afirmaba que si Joan no había muerto, era porque su atacante debió ser ahuyentado sin poder acabar su propósito.

Joan Tyler estaba en la clínica con múltiples contusiones, conmoción, síntomas de asfixia y fractura de la muñeca izquierda.

Joyce iba preparando la cena, y para conversar de algo, dije:

—¿Qué tal le van las cosas a su hermano?

—Bien. Se convertirá en un buen psiquiatra.

Empecé a hojear mi correo. Tres ofertas de suscripción a libros despampanantes, según el editor. Una invitación a dar la vuelta al mundo, sentado en mi casa, mediante diapositivas de sublime belleza.

Por fin un pequeño sobre azul, en que con letra de colegiala, había escrito Joan Tyler:

«Señor Logan:

»Ignoro por qué no vino a verme. No puede ser a causa de Neil Colbert, ya que él confía en mí. Si no quiere verme, por lo menos pregúntele a ella dónde estaba realmente, cuando el reportero sacó la fotografía del concurso. Pregúntele a ella por aquellos quince minutos. Estoy segura de que se asombrará usted. Pero será preferible que venga a hablar conmigo.

Tengo muchas cosas que contarle.

»J. T.».

Evoqué las seis mujeres alineadas tras la cortina, y súbitamente, fue como si un foco se encendiera en mi cerebro. Naturalmente, no quedaría del todo resuelto el caso Elvina Bliss hasta que con mis ojos no viera la quemadura.

Pero Monty Conradine lo sabía. Y yo se lo haría confesar.

La cena que me sirvió Joyce era succulenta y hogareña. De no haber estado yo preocupado por la noche que se me avecinaba, habría disfrutado mucho de aquel intervalo de placidez.

Estaba saboreando el café cuando alguien empezó a llamar a la puerta. Con bastante insistencia.

Joyce compartió mi alarma. Traté de tranquilizarla.

—Lo mejor será que vaya a ver quién es.

—Sí, claro —susurró ella, poco convencida.

—Quien sea, podrá usted hacer que se vaya.

—Lo intentaré.

Pasé a la alcoba, dejando la puerta de modo que pudiera ver quién llamaba.

Joyce, manteniendo la cadenilla de seguridad, entreabrió.

Desde el porche llegó la voz de Larry Brisson:

—Dígale a Walt que tengo que verle. Ya sé que está aquí.

Yo no podía ver si venía solo o acompañado. Cabía la posibilidad de que me hubiese delatado, pero me dio la impresión de que no. Porque estaba en el lío y todavía no sabía quién era Elvina.

—Déjele entrar, Joyce.

Brisson penetró en el *living* y le contempló con atención:

—¿Te ha seguido alguien?

—Nadie.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No eres el único tipo listo, Logan. Me bastó seguir a tu correo.

Y con el pulgar me indicó a Joyce. Con el mío, le señalé un sillón.

—Instálate, Brisson. Tengo que decirte algo. No eres tan listo como te figuras. No debiste dejarme tan de pronto, cuando fui a hacer aquella visita. Me hiciste sospechar, y cuando empiezo a sospechar me carburan los pensamientos.

—Ya te dejé una nota diciéndote lo que pasaba, Walt. Me encontré enfermo.

Empecé a arremangarme, diciendo:

—Joyce, será mejor que vaya a visitar a los vecinos. Dígales que hay un programa de televisión que quiere ver.

Ella me miró, asombrada. Insistí:

—Hágame caso, muchacha.

—Prefiero quedarme aquí.

—No es que no confíe en usted, Joyce. Pero no le va a gustar lo que va a contemplar.

—Por favor, Walt —pidió nerviosamente—. Ésta es mi casa.

La mirada de Larry iba de mí a ella, y preguntó:

—¿Qué te ocurre ahora?

—Pienso que aquella noche en el sótano de Travers no te sirvió de lección. Y sin embargo, te lo dije bien claro que no me gusta que me traicionen. Pero sobre todo lo que no me agrada es que me tomen por un monigote.

Colocándose un pitillo entre los labios, Brisson me contempló fijamente.

—¿Qué te pasa, Logan? Estás en un lío y necesitas mi ayuda. Tú no puedes circular libremente y yo sí. Soy el único amigo al que

puedes recurrir. Y aquí estoy para hacer las visitas que tú no puedes. Aquí estoy para arriesgar la piel yendo a buscarte a Elvina Bliss apenas me lo pidas.

—O sea, que esperas que te diga todo lo que sé, para empezar tú a funcionar, ¿no es así?

—Con esta idea he venido.

—Concretando: yo te doy toda la información que he conseguido y tú atrapas a Elvina. Ella te dirá dónde están los diamantes Acosta. Irás a la policía, demostrarás mi total inocencia y nos repartiremos la recompensa como buenos compadres. ¿No es esto, Brisson?

—Eso es —replicó nerviosamente.

Me levanté, avanzando lentamente.

—Brisson, ¿qué clase de cretino te supones que soy?

El empezó a retroceder hacia la puerta, asegurando:

—No sé lo que te propones.

—Te tiene muy sin cuidado lo que me pueda pasar, ésta es la verdad.

Tras la espalda, ya había empuñado el abridor y dijo como apenado:

—He sido un necio al preocuparme por ti.

Seguí avanzando y Brisson sacó del bolsillo una automática.

—Quieto, Walt.

—Joyce, váyase, porque pueden saltar chispas —le aconsejé.

Ella inició unos pasos hacia el fondo, pero Brisson amenazó:

—No se mueva, Joyce.

Y para dar mayor énfasis movió un poco el arma hacia ella. Era mi oportunidad.

Me zambullí tomando por objetivo las rodillas de Brisson.

Estaba en una postura incómoda, con su zurda en la puerta, y al embestirle cayó de lado, cortorsionándose. Pude conectarle mi rodilla en la cara antes de que cayera y acabar de hacerle besar el suelo con un toque de canto en la nuca.

Cuando ya se recobraba, estaba yo apartado y su automática en mi mano le apuntaba al rostro. Fue levantándose, apoyándose de espaldas en la puerta.

—Pongamos las cosas claras, Brisson. De una vez por todas. Tú liquidaste a Falk o estabas allí cuando lo liquidaron. No sé cuál de las dos cosas, pero voy a saberlo ahora mismo.

—Desvarías, Walt.

—No te pongas travieso, porque te va a sentar mal. Si me obligas, tendré que sacarte la verdad a lo bestia.

—¡Venga! Vapuléame, gorila, y a ver qué sacas con ello. Toda la policía te tiene ya inscrito en la invitación a la cámara de gas. Y allí estaré yo, por fuera, riéndome cuando caigan las capsulitas.

Me tenía ya caliente. Le di un culatazo en la nariz.

Y a mi espalda, Joyce emitió un gemido horrorizado. Tuve que decirle, por encima del hombro:

—Se lo advertí, muchacha. Esto es feo, pero no tengo más remedio que hacerlo, ya que el chico se pone terco. Si no quiere irse a casa de la vecina, métase en la alcoba.

—Pero ¿es que no puede sacarle la verdad de otro modo?

—Desde el día en que me saludó, este hombre me ha estado enredando. Puede que a usted le parezca una buena persona, pero la verdad es que me traicionó hasta el punto de colocar las cosas de manera que yo pasara por un asesino. ¿Qué quiere ahora? ¿Que le trate con cariño?

Brisson se removió braceando y le conminé:

—Vamos ya. ¿Quién mató a Falk?

—¡Vete al infierno! Yo no te explicaré nada.

Y prosiguió dedicándome una serie de insultos verdaderamente apuestos.

Tanto es así, que Joyce se cubrió los oídos con las manos y corriendo pasó a su alcoba, cerrando la puerta tras ella.

Tuve que dedicarme con método a la faena poco agradable de sacarle la verdad a Brisson. Contra el reloj, porque se le veía obstinado al muchacho. Tres directos al pecho, un sólido manotazo en la nuca y un par de ganchos en el costado, dejaron tendido a Brisson. Entre cada golpe intercalé una pregunta, una sola:

—¿Quién mató a Falk?

Después, me incliné para añadir otra pregunta:

—¿Por qué tenía que ser asesinado?

Lo malo es que Brisson no había encajado bien y estaba inerte, más frío que un pez. Le palpé la sien. Latía fuerte, lo cual me sugirió la posibilidad de que exagerase un poco.

Miré el reloj. No me quedaba mucho tiempo. Monty me esperaba y si no llegaba a tiempo le podía ocurrir un accidente

estilo Falk.

Fui a llamar a la puerta de la alcoba, y la voz de Joyce me llegó débil:

—¿Qué quiere?

—Salga, porque la necesito.

Se asomó con cara asustada y le tendí la automática:

—Vigíleme al chico. Voy a buscar algo en el cuarto de su hermano.

—¿Qué es?

—Pentotal.

Pasé a la alcoba del hermano médico y recogí con las ampollas de la droga una jeringa con su bandejita de alcohol. Fui a dejar el arsenal sobre la mesa del *living* y Joyce, con expresión incrédula, comentó:

—No pensará emplear esto...

—Tengo que hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque es el único medio de hacerle decir la verdad al canalla ese.

—Pero es peligroso. Mi hermano me lo explicó una vez.

—Ya sé. Me pasé horas viendo cómo médicos norvietnamitas empleaban esta droga en unos compañeros míos, antes de que pudiera escaparme. Y puedo administrarla. Brisson no es cardíaco y si tiene algo de hipertensión, tendrá que correr el riesgo.

—Mi hermano dice que sólo un experto anestesiista...

—Brisson ya está anestesiado suficientemente.

—Bien, pero no me pida que le ayude. No sé lo que se propone averiguar, Logan, pero golpear a un hombre y dragarle, son brutalidades que no puedo comprender.

Puede que él sea todo lo que usted dice, pero usted ahora se coloca a su nivel.

—Mala suerte. Lo siento.

—Yo también lo siento —y volvió a encerrarse en su alcoba.

Yo me puse a recordar mis nociones sobre el pentotal.

CAPÍTULO X

Decidí no pasar de la dosis de un gramo, aunque había visto a sujetos menos sólidos que Brisson tomar sin morirse doble cantidad. No quise correr riesgos, ya que Brisson me era muy útil vivo.

Le administré en la vena una dosis inicial de dos centímetros cúbicos, y esperé un minuto a ver su reacción. Parecía tomarlo estupendamente, consciente, pero sin la menor gana de pelea.

Le inyecté una segunda dosis, más lentamente. Sus ojos brillaban mucho. Su cuerpo se desmadejó, y recogiénole lo senté en un sillón. Pasé a la cocina por una toalla y agua.

Le limpié la sangre, y puesto al trabajo, limpié también el suelo. Proseguí dándole dosis de diez centígrados y disolvente, hasta alcanzar el tope que me señalé.

Inclinándome sobre Brisson, adopté un tono muy amistoso, persuasivo, tal como hacían los médicos al servicio de los norvietnamitas.

—Larry, ¿me oyes bien?

—Perfectamente. Te oigo perfectamente —y su tono era neto, sin matiz.

—¿Sabes quién te habla?

—Sí que lo sé.

—¿Quién?

—Tú, Walt.

—Soy tu amigo, Larry.

—¿Sí?

—Tu verdadero amigo. Tu único amigo. Recuérdalo siempre.

—Lo recordaré. Eres mi amigo.

Fui a llamar a la puerta de la alcoba:

—Joyce. Sea buena chica, mujer. Brisson ya está bien, y va a hablar.

—Muy bien. Déjeme en paz.

—La necesito como testigo.

—¿Testigo de qué? ¿De otro crimen?

—¡Por Dios, mujer! Tenga sentido común. ¿No lo comprende? Es mi vida la que está en juego. Brisson es el único hombre que puede sacarme de este lío. Si no le extraigo lo que sabe, estoy perdido.

Tardó en contestarme:

—Bien, le ayudaré.

Vino a reunirse conmigo. Sus ojos expresaban temor y reprobación. Pero yo no podía permitirme el lujo de ser delicado. Le tendí unas hojillas de mi bloc, con mi bolígrafo:

—Vaya anotando lo que diga él.

—¿Y si no le comprendo?

—Procure tomar nota de todo lo que diga.

Me incliné sobre Brisson cogiéndole la muñeca como hacen los médicos:

—Larry, soy Walt, tu buen amigo. Charlemos un poco, ¿quieres?

—Okay, Walt.

—Larry, tú sabes quién lo mató, ¿verdad, compadre?

—Claro que lo sé.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo mataste, hombre?

—Tenía que hacerlo, Walt. Era un buen compinche y me gustaba, pero me hubiese llevado ante el consejo de guerra.

—¿Consejo de guerra? Oye, no te despistes, hombre. Falk no podía llevarte ante ningún consejo de guerra.

—Falk no, pero Mac Donald sí.

—¿Y qué tiene ahora que ver Mac Donald?

—Yo lo maté, Walt.

Aquella confesión me dejó aturrullado, pero ya puesto en faena, inquirí:

—Un momento, Larry. ¿Te refieres al teniente Angus Mac Donald?

—Éramos buenos amigos —y Brisson parecía recitar con voz de disco gastado—. Me seguía la pista, dándose cuenta de que yo estaba vendiendo penicilina, morfina y licor. Del depósito. Me hubiera denunciado, y tuve que suprimirlo, dejándole en un callejón.

—Yo creía que erais amigos.

—Sí, pero él hubiese denunciado a su propio hermano. Así era. No tuve más remedio que liquidarlo.

—Tendrás remordimientos.

—Los tengo, porque juntos íbamos a trabajar en el asunto Acosta cuando volviésemos. Íbamos a hacerle cantar al maldito Falk. Pero Mac Donald lo estropeó todo... La policía creyó que algún maleante lo había acuchillado y dejado en un callejón.

—Volviendo a Falk, ¿quién le machacó los sesos?

—Yo.

—¿Por qué?

—No quiso pactar conmigo ni decirme todo lo que sabía.

—¿Qué es lo que no quiso decirte?

—Dónde estaba Elvina. Yo pensé que tras su visita a Kleiner, ya se había enterado, pero debí equivocarme. Puede que Kleiner tampoco lo supiera. Lo que Falk le dijo a Kleiner fue que Elvina le había tendido una trampa hace años, y eso no le gustó a Kleiner.

—¿A quién le tendió la trampa Elvina? ¿A Falk o a Kleiner?

—A Kleiner. Aunque en realidad fue a los dos. Pero en este caso fue a Kleiner, empleando sus reptiles en el robo de las joyas, sin darle parte en el botín.

—¿No era cómplice Kleiner?

—No, sólo emplearon sus reptiles, sin él saberlo.

—Y después, Elvina traicionó a Falk, ¿no?

—Así fue. Y por esto la buscaba. Falk era duro. Me juró que no había dado aún con Elvina, pero yo pensé que me mentía. Insistí y se me quedó entre las manos. Yo quise hacerle hablar aplicándole la punta encendida de mis cigarrillos. No me gustaba, pero tuve que hacerlo.

—Ya. Y entonces le obligaste a que me telefonease, exigiéndome que fuera allá. ¿Por qué, Larry?

—Primero pensé que cuando llegases, entre los dos le haríamos hablar. Pero no quería decírtelo por teléfono y por eso obligué a Falk a que te llamase. Y mientras tú estabas en camino, persistí con Falk, por si, a solas, podía sacarle yo su secreto. Se murió.

—Y entonces yo llegué.

—Me vi acorralado. Te quité de en medio, y con tu revólver machaqué a Falk. Así quedaba yo a salvo.

El rostro de Joyce era una máscara de alabastro. Gimió:

—¿He de oír más horrores?

—Ya queda poco; Larry, ¿te encuentras bien? ¿Sigues deseando hablarme?

—Sí, Walt.

—Estupendo. ¿Te contó Falk cómo ejecutaron el robo de joyas?

—Lo planeó Elvina. Ella era el cerebro. Yo había pensado que el cerebro era Falk, pero no. Era Elvina, y eso que entonces era muy joven, pero su mente era muy ingeniosa. Monty Conradine y Falk se ocuparon de los detalles. Fue una operación verdaderamente genial. Cronometraron al segundo. Ellos tres iban a repartirse al segundo la maniobra...

La historia tuve que sacarla por retazos, porque Brisson empezó a tener pausas de incoherencia. Pude por fin encajar todas las piezas. La idea se le ocurrió a Elvina cuando quedaron contratadas las atracciones para actuar en la fiesta Acosta. Las joyas de Magda Acosta, regalo de bodas, las luciría ella.

El trío se conocía bien. Conradine era el boletero de la compañía. Falk había descubierto a Elvina Bliss en una fila de coristas, y la financió para prepararle un número espectacular.

Pero los focos empezaban a dañar la vista a Elvina.

Los tres soñaban con un buen golpe que les llevara a la meta de sus sueños ambiciosos. Conradine allanó el camino echándole un soporífero en el *cocktail* a Magda Acosta, ya que aquella noche, además de boletero, actuaba como regidor y tenía libre circulación por las mesitas.

Cuando Magda Acosta se retiró a su alcoba, Elvina empezó su danza, lenta y espaciada. Los detectives encargados de vigilar las joyas de la concurrencia, sólo tenían ojos para Elvina.

Conradine había revisado las conexiones, y produjo el apagón en el momento oportuno. Falk ascendió por el parral, mientras Conradine montaba la guardia abajo. Falk quitó las joyas a Magda Acosta, y regresó al jardín antes de que los criados hubieran recompuesto el corte de luz.

—Pero la policía registró a todo el mundo —apunté, curioso.

—Conradine y Falk metieron las joyas en un saco de piel, empapado en grasa de la comida de la pitón mayor de la colección de Kleiner. El bicho se tragó el saco y como comprenderás, la

policía no iba a registrar el interior de los reptiles de Kleiner.

Todo encajaba ya. Kleiner me había dicho que Elvina se había cuidado mucho de sus inmundos bichos. Y el trío había tramado un ardid para que Kleiner fuese a parar entre rejas, por intermedio del falso testimonio de Conradine, y así pudieron disponer de los reptiles y abrir en canal al que conservaba en su interior el botín.

—Los tres socios, ¿cómo se separaron?

—Cuando comprendieron que las piedras mayores no podían ser vendidas a menos de perder mucho y encima ser cogidos, se desprendieron sólo de las pequeñas y quedaron de acuerdo en reunirse en Los Ángeles cuando pasase cierto tiempo. Falk confiaba en sus dos socios, pero Conradine y Elvina desaparecieron.

—¿Quién tenía la diadema?

—Elvina. Hace frío aquí y me duele mucho la cabeza, Walt.

Brisson conservaba los ojos abiertos, pero dobló la cabeza sobre el pecho, y aunque le sacudí ya no estaba consciente.

—¿Tomó nota de todo, Joyce?

—Sí, pero tiene poco sentido.

—Lo tendrá cuando los técnicos lo lean. Esta droga es fantástico. Deja suelto el tornillo de los secretos.

—Es horrible forzar la mente de un hombre.

—Más horrible fue lo que hizo él con la cabeza de Falk.

Respingué porque un frenazo al exterior me puso alarmado. Las cortinas estaban echadas, y preguntó Joyce:

—¿Qué ha sido?

—Un coche parándose enfrente.

—Algún vecino.

—Los policías suelen frenar así cuando tienen prisa.

Recogí en brazos a Brisson y me fui hacia la alcoba, pidiendo:

—Sea quien sea, no le deje entrar. Ya que cuando un policía entra, puede registrar a fondo. Pero si lo mantiene usted fuera de la puerta, necesita una orden escrita para poder entrar.

Coloqué a Brisson en la alfombra, justo debajo de la ventana de la alcoba. Abrí la cristalera, de modo que en caso necesario pudiera salir por allí y atravesar el patio.

Regresé para entreabrir la puerta que daba al *living* de modo que pudiese oír y enterarme.

Aquella noche mi batería de corazonadas batía su patio.

Joyce estaba abriendo la puerta, pero conservando engarzada la cadenilla. Y pude oír el áspero ladrido del teniente Kelvin:

—Sorprendida de verme, ¿eh?

—Un poco, sí, claro —decía ella muy sinceramente.

—He pensado que a lo mejor su detective podía intentar visitarla esta noche. Tengo que entrar.

—Lo siento, señor Kelvin. Pero no creo que en este barrio tenga usted autoridad alguna.

—La tengo dondequiera que sea. No le conviene contestar así a un oficial de la ley.

—No puede usted entrar, porque estoy sola, y además espero una visita.

—Por última vez, abra la puerta del todo.

—No y si quiere entrar lo hará como manda la ley —decretó Joyce con mucha energía—. Mostrándome una orden judicial.

—Escuche, es por su bien, preciosidad. Hemos encontrado una chaqueta llena de sangre en el cuarto de su amigo Logan. Toda la policía anda buscándole. No querrá perjudicarse, ¿verdad, preciosa?

Recogí a Brisson, dispuesto a largarme. Pero oí el gruñido de Kelvin:

—Muy bien, muy bien, ya que se pone así. No la creo tan tonta como para esconder a un criminal. Y recuerde que si se asoma, es su obligación avisarme enseguida.

El teniente Kelvin regresó al coche, que partió embalado. No era su noche de aciertos.

CAPÍTULO XI

Coloqué a Brisson en el diván del *living* y, registrándole, le cogí las llaves de su coche.

—Gracias, Joyce. Dentro de una hora, llame a la Central y pida por Lee Redford, que es amigo mío. Sólo con él ha de hablar, ¿estamos? Y si no está de servicio, pregunte el número de su teléfono casero, y cuénteles todo lo que ha sucedido aquí. Lee ya sabrá qué hacer.

Me coloqué la automática de Brisson entre camisa y cinto. Por la expresión de Joyce contemplándome en silencio sin ni siquiera desearme buena suerte, adiviné que casi se arrepentía de su gesto novelero al brindarme su domicilio como refugio.

Brisson había aparcado su coche en la calle de atrás. Conduje al máximo, pero cuidando de no forzar en los cruces donde había patrulleros.

Aparqué a un lado del estudio y domicilio de Monty Conradine. Lo rodeé a pie hasta encontrar la puertecilla que daba al patio posterior. Por una ventana me colé en una estancia con plataforma, focos apagados y trípodes.

Pasé a un corredor y avancé, tanteando con la mano la pared lateral. A diez pasos, el corredor trazaba un ángulo recto, y vi una rendija de luz a ras del suelo.

Extraje la automática de Brisson. Había llegado el momento de actuar con precisión y rapidez. Asesté un sólido taconazo en la puerta y me pegué a un lado del dintel abierto.

—Soy yo, Monty. Vine por detrás, para evitarte malas ideas.

Silencio total. Aguardé medio minuto aproximadamente y dije:

—Quedamos citados, Monty, ¿o no se acuerda ya?

Más silencio. Entré en tromba, pero saltando a un lado.

Había un charco rojo en el suelo, junto a la mesa del despacho. Y encima de ésta, apoyada la cabeza y busto una silueta masculina.

El resto de su persona estaba sentada en el sillón.

Levanté la cabeza del postrado. El rostro barbudo de Kleiner me contemplaba. Dilatados los ojos con la vidriosidad de la muerte.

El pobre tenía cinco balazos repartidos. Dos en un hombro. Los examiné de muy cerca. Disparados hacía ya horas. Alguien se los había alojado, pero dada su vitalidad, Kleiner había continuado circulando.

Los otros tres balazos eran recientes. Minutos antes de mi llegada. Uno en la frente, dos en el pecho. Estos tres disparos eran mortales.

Miré en torno. En una esquina había un revólver por el suelo. Lo recogí con mi pañuelo.

Volví a la mesa. Allí estaba el largo sobre con mi identidad escrita: Walter Logan.

O sea que Conradine había estado dispuesto a venderme a su asociada, para protegerse. Pero Kleiner le había visitado primero. Y Kleiner sólo deseaba matar a Conradine.

Rasqué el sobre. Saqué una cuartilla. Únicamente había un nombre. El que actualmente empleaba Elvina Bliss.

Ya estaba muy claro por qué me dio la falsa información. No del todo falsa, sino lo suficiente arreglada para despistarme. Al enterarse de que un detective trataba de poner nombre a los seis pares de piernas.

Y por dicho motivo, Joan Tyler había ido a la clínica. Ella quería decirme lo que sabía. Por eso había estado a punto de morir.

Cogí el teléfono con el pañuelo. Llamé a la policía, sin darles mi identidad.

Estaba conduciendo a trescientos metros de la casa de Conradine, cuando oí las sirenas aullando por la otra calle.

En el parque vecino, la gente tenía en marcha una fiesta nocturna. Un baile en torno a la piscina. La música hacía, por contraste, más sombrío el parque en tinieblas por cuya alameda avanzaba.

Pensé que aquél sería un buen decorado para Neil Colbert, en uno de sus dramones. Detuve el coche a un lado de la columnata.

No había más luz que la de la linterna en el porche. Pulsé el timbre.

La puerta se abrió con lentitud. Ella misma oficiaba de portera.

—¿Está en casa Neil?

—No. Está en los estudios.

—Mejor.

Ella abrió un poco más la puerta, diciendo:

—He leído la Prensa. Le acusan de haber matado a Falk.

—Cosa que no le sentará mal a usted. Ahora ya estoy enterado de lo que sabía Falk. Y también de lo que sabían Conradine y Kleiner.

—¿También de lo que sabía Joan?

—Sí. Había algo sobre unos «quince minutos» que ella deseaba revelarme. Un intervalo en el que la foto fue tomada.

—Es usted más listo de lo que supuse.

—No, no lo soy. Simplemente, cuestión de paciencia.

No acababa de abrir, y tuve que empujar suavemente, obligándola a retroceder. Y ella se dirigió hacia un umbral. La seguí de cerca. Aspirando su tenue perfume.

Me dijo con voz amable:

—Lo que tenga que contarme no necesita luz.

—Allá usted. A mí no me sonrojará.

—He estado pensando en cómo se comportaría usted si llegase este momento.

—Hace unos días, casi habría sentido pena por usted. Posiblemente le habría dicho a Falk que no podía encontrarla.

—¿Me hubiera dejado libre?

—Casi seguro. Lo que hiciera usted con su pasado era asunto suyo, estrictamente entre usted y su conciencia. Usted pudo quedarse a salvo, sin recurrir a nuevas astucias.

—Pero ¿es que no puede comprender mi situación? —Y su voz tenía ansiedad—. No podía arriesgarme a ser descubierta. Todo lo que había conquistado se derrumbaría. Y tenía que pensar en Neil.

—Por favor, no mienta ahora. Para usted, Neil fue solo un medio de llegar al ambiente que deseaba.

—Pero tengo excusa, porque pasé tiempos muy duros. La época de mi actuación en los tablados. Y después escondiendo aquella diadema, con sus diamantes que no podía lucir ni vender. Hace tiempo, un día, Joan vio la diadema.

—Una diadema que usted no podía exhibir en público. ¿Fue entonces cuando empezó a odiar a Joan?

—Sí, pero últimamente ha sido el colmo. Ella había inducido ya a Neil a que se divorciase. Me enteré de que le convenció de que yo era egoísta, que no era la esposa que a él le convenía. Y Neil se enamoró de ella. Sin embargo, todavía no...

—Todavía no comprende cómo Neil pudo preferir a Joan. Posiblemente, porque, pese a su severo aspecto, es mujer sin egoísmos.

—Puede. El día que usted vino haciendo aquellas preguntas, no pude ya descansar hasta saber qué es lo que buscaba. Mencioné a Elvina Bliss, mi antigua identidad. Entonces temí que Falk nos encontrase. Pero Monty me tranquilizó. Dijo que estaba seguro de poderle apartar a usted.

—Por eso me visitó Monty. Sin resultado.

—Ya me imaginé que no daría resultado. Comprendí que usted era de una sola pieza. El hombre que cuando se decide por algo, todos los obstáculos le enardecen, en vez de apartarle. De veras, Logan, desde un principio comprendí que era usted muy hombre.

—Ahórrese los piropos. No soy sensible a los halagos.

—Yo no halago, ni acostumbro a hacerlo.

—Volvamos al asunto. Hasta que no aparecí, usted se sentía a salvo. ¿Pagó a Kleiner para que silenciara a Jon Tyler?

—Oh, no. Le juro que no tuve nada que ver. No fue idea mía.

—¿De Monty?

—Sí; fue él.

—No mienta.

—Tiene que creerme. Fue Monty el que lo planeó todo. Falk fue a ver a Kleiner diciéndole que yo había matado sus reptiles, a propósito, para recuperar algo que habíamos robado. Kleiner creía que Elvina estaba muerta. No me reconoció, y supuso que yo tenía algo que ver con Monty y el robo. Quiso dinero. Yo no lo tenía ni podía pedírselo a Neil. Monty aseguró que tampoco poseía el dinero que pedía Kleiner. Yo ya le había mandado algún dinero, y Monty dijo que era una imprudencia, porque Kleiner empezaba a sospechar que Elvina no había muerto. Falk envió a Kleiner a visitar a Monty. Entonces, Monty me sugirió que podíamos engañar a Kleiner diciéndole que Joan era Elvina.

—¿Y qué opinó usted?

—Acepté, pero especificando que no quería que a Joan le pasase

nada.

—Vamos, vamos, ¿piensa que me lo voy a creer?

—Es la verdad.

—Esto requería mucho valor en Monty, sabiendo que Kleiner podría convertirse en una fiera, si se sabía engañado de nuevo.

—Monty dijo que podía entenderse con Kleiner.

—Y pudo. Kleiner ha muerto.

—¿Sí? No puedo decir que lo lamento.

—Creo que fue Monty el que lo hizo.

—Monty a veces se deja llevar por el pánico —afirmó ella fríamente—. Pero por lo que a mí se refiere, ha de comprenderme, Logan. Yo estaba desesperada, casi enloquecida. Quiero que me comprenda.

—Trato de lograrlo.

—Monty me dijo que orientaría a Kleiner hacia la casa de Joan, y lo mataría como si lo hubiera sorprendido allá, maltratándola. Parecía la solución y entonces no sabíamos aún que Falk estaba muerto.

—Lo cual debió confundirlos mucho.

—Monty dijo que era usted el que había liquidado a Falk, porque ya lo sabía todo, pero exageró al interrogar a Falk con medios brutales.

—Volvamos a Falk. ¿Es que cree de veras que lo maté yo?

—¿Quién, si no? Y la realidad es que, muerto, Falk, ya no tengo nada que temer, porque usted no puede delatarme a la policía. Se lo ruego.

—No veo por qué tengo que sentirme tan caballeroso.

—Le daré los diamantes que quedan.

—¿Como los que quedan?

—Tuve que vender unos cuantos, porque el año pasado mi negocio fue mal. No se lo podía decir a Neil. Los diamantes que restan pueden ser suyos, Logan.

Saqué un cigarrillo, insertándolo entre mis resecos labios. Rasqué un fósforo. Iluminé sus hermosas facciones, que, desprovistas de su fingida frialdad, plasmaban un elemental anhelo de salvarse.

Moví la llamita ante sus ojos:

—Eso la delata, Elvina. Aunque Arlene me había ya hablado de

su extraña miopía producida por una supuesta tormenta de nieve, no até cabos. Pero empecé a comprender que una artista que se creaba sus modelos, cuando se formase una nueva personalidad, buscaría un negocio en que pudiera desenvolverse. Una tienda de modas.

—Y lo hice, y es un buen negocio.

—Monty, como asociado, la ayudó en Florida aportando diseñadores. Cuando usted vino a California, como esposa de Colbert, le devolvió el favor a Monty, financiándole su estudio fotográfico. Todo iba como una seda, ¿verdad, Telma? Hasta que en una revista de sociedad, apareció el par de piernas de Elvina Bliss.

Ya había localizado el sitio exacto del vestido. Un tejido suave, estampado. Encendí otro fósforo y pude contemplar la quemadura.

Pensé en los «quince minutos» que había mencionado Joan Tyler. Los quince minutos en que Telma había estado tras la cortina. Y Telma se había sentido a salvo al confeccionarme la lista de las participantes, porque en su lugar había colocado a Joan Tyler.

—Escuche, Logan. Nada ganará con delatarme. Y mucho puede ganar si se calla. Todos estos años desde que abandoné los tablados, he tenido que ser muy cauta.

Ya no lo era. Estaba tan cerca que tuve que empujarla suavemente por los hombros. Yo no iba a ser otra víctima de Elvina-Telma.

Y ella susurró algo rabiosa:

—Tengo los diamantes y pueden ser suyos, Logan.

—Eso sería traicionar a su socio Monty, digo yo, ¿no?

—¿Monty? Estoy harta de él. Y más que seguro que habrá ido muy lejos ahora. Siempre le odié y desprecié.

—Pero se valió de él para echarme un trío de matones, intentando después complicarme en la cuenta de la clínica de Joan.

—¡Todo fue idea de Monty! Yo no fui. Era Monty el que quería que le diesen una paliza a usted. Y él escribió su nombre en la hoja junto al cuerpo de Joan. Yo no quería.

—No, qué va.

—Tiene que creermelo.

Volví a estar tan cerca que si me quedo quieto pierdo la noción. La aparté, y entonces se enfureció.

Me mordió en la mano y, por complemento, me pegó un arañazo

completo en la mejilla. Vi las estrellas.

Tratando de alejarme de aquella arpía, retrocedí y me enredé los pies con algo por el maldito suelo. Caí de espaldas.

Y de pronto, la habitación entera quedó inundada de luz.

Deslumbrado, me puse en pie. Ella estaba ya al fondo de la habitación rebuscando ansiosamente en un cajón y encontró lo que buscaba.

Se volvió, adornada la diestra con un revólver muy femenino, cañón plateado y cachas de nácar.

Lo disparó.

El plomito me silbó muy cerca del oído, yendo a picotear la pared a mi espalda. Allí no cabían actitudes gallardas.

Me tiré al suelo con energía, arrastrándome con táctica para apretarme estratégicamente tras el respaldo del diván.

—¡No saldrá de aquí! —me gritó.

Saqué la automática de Brisson, quitando el seguro. Me ofrecía un buen blanco y podía dejarla quieta. Pero no había modo de que mi índice apretara el gatillo.

Puede que fuese la misma sensación que siente uno ante una fierecilla acorralada. También pensé en su adolescencia cruel...

Pero pensé también en mí, y chillé:

—¡Elvina, tire el revólver, muchacha! No le doy ya más privilegios.

Esperé su respuesta sin asomarse, por si acaso.

Pero a mi espalda, otra voz exigía:

—¡Elvina, mírame!

Telma Colbert respingó, lívida, contemplando al que hablaba, y su brazo derecho hasta entonces dirigido hacia el diván, cayó desmadejado a su costado.

Rodé a un lado para contemplar al intruso.

Monty Conradine estaba en el dintel, revuelto el cabello, sangrando por un brazo y una pierna. Parecía a punto de desplomarse.

Antes de que pudiera matar a Kleiner, el barbudo le había atizado.

En su diestra, Monty empuñaba una lanza. La recordé como uno de los trofeos de las panoplias de Neil Colbert.

Y recordé también que Monty, tras vaciar su revólver, lo había

tirado, posiblemente contra Kleiner, huyendo después, medio deslomado. Y ahora allí estaba con cara de odio profundo.

Entró tambaleándose. Vi que un lado de su rostro estaba totalmente azul y rígido, como paralizado.

—Supuse que os encontraría juntos a los dos, Elvina. Siempre has sido una desalmada.

Tenía la lanza en alto, como un guerrero asiático, al añadir:

—Me enviaste a Kleiner para que acabase conmigo. ¡Contéstame, Elvina!

—¡No, Monty, no!

Yo tenía que enterarme, pero hasta cierto punto. Alcé mi automática.

Pero la lanza viajaba ya, y cuando se incrustó, oí el horrible sonido.

Me alcé. Ella sostenía con ambas manos el remate de la corta lanza. Y al desplomarse de bruces, acabó de hundirse más en su corazón.

Monty Conradine permanecía tambaleándose. Pero al ver que yo me acercaba, cogió algo de una panoplia.

No se lo dejé emplear. Y le di un culatazo atinado.

CAPÍTULO XII

Pasaron tres días antes de que Lee Redford pudiera convencer a todo el mundo, y en especial al agresivo Kelvin, que yo no podía haber actuado de otro modo.

El fiscal del distrito tenía una confesión plena de Monty Conradine. Todo lo que Joyce había escrito comprometió a Larry Brisson, aunque éste optó por declararse inocente de todo. Iba a necesitar no ya un buen abogado, sino un juez sordo y un fiscal mudo, para salvarse de la asfixia legal.

La compañía de seguros me prometió un cheque por lo que quedaba de los diamantes. Neil Colbert empleó su influencia para que el pasado de Telma como Elvina Bliss permaneciese secreto.

Lo de la quemadura sólo lo sabíamos unos pocos. Y Elvina-Telma nunca sospechó que un fotógrafo juvenil iba a tomar en placa aquel concurso social, sin pedir permiso a nadie.

El día que volví a mi trabajo, entré en el vestíbulo, sintiéndome muy agradecido a Joyce Brady. Ella, tras el mostrador, al verme, no me dedicó la sonrisa que yo esperaba.

—Hola, Joyce. Tenemos que celebrar el buen final. ¿Qué te parece si esta noche salimos a cenar?

—No, gracias —me replicó con frialdad que acatarraba.

—Eh, ¿qué pasa aquí? No soy ningún enemigo ni forastero. Soy Walt Logan y me extraña verla tan hostil, muchacha.

Los oscuros ojos de Joyce me miraban con ceñuda indiferencia.

—He comprendido que somos muy distintos. Tenía usted razón, señor Logan, al decirme que pertenecíamos a mundos diferentes. Supongo que su profesión requiere ser brutal. Pero cuando le vi maltratar a aquel hombre me fue usted intensamente antipático.

—Pues es una pena. Pero si yo no maltrato a aquel chico, a estas horas me vería muy comprometido. ¿Ya no le soy simpático?

—No, ni podría ir con usted a ningún sitio. Está claro, ¿verdad?

—Clarísimo. Adiós.

Pasé al ascensor. En el fondo yo sólo pensaba en una muchacha. Pero no me agradaba que otra me encontrase así de antipático.

Elmer, con el cráneo aún vendado, estaba hojeando una revista muy ilustrada.

—¿Va bien la cabeza, viejo?

—Espléndida —y me guiñó con gran picardía—. No sé cómo lo adivinan, pero las mujeres tienen un sexto sentido para saber cuándo un varón está ya de nuevo dispuesto a trabajar.

—¿A quién se refiere, viejo?

—La rubia con la que salió usted la semana pasada. La estrellita de technicolor. Vino hoy con la llave que usted le dio. Y allí está esperando.

Hice un «*sprint*» por el pasillo. Y allí, tras mi despacho, estaba Arlene, alias Burns, a efectos de rodaje en celuloide.

Un cromo, con la ventaja de que podía moverse y hablar.

—Ya es hora, Walt. Hablé con mi hermano, y está esperando que me lleves cuanto antes al tálamo nupcial.

Cerré la puerta, y avanzando dije:

—Ahora mismo, pero sin cámara. Estrictamente nosotros dos, mi vida.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



